

punto  
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

**Flavia Martínez** (San Luis Potosí, 1992). Licenciada en Cinematografía por el Centro de Capacitación Cinematográfica, con especialidad en Cinefotografía. También estudió Cinematografía durante un año en la Universidad de París 8. Dirigió los cortometrajes *A tiempo* (2013) y *El reflejo del mamífero* (2017). Ha participado en varios proyectos como directora de fotografía y como asistente de cámara. Formó parte de la exposición colectiva de fotografía callejera *Casa tomada*, en la colonia Roma Norte de la Ciudad de México en 2017. Fue nominada en la categoría Best Cinematography in a Foreign Language Film en el Madrid Asia Film Fest International 2018.



PORTADA: Andrea Abarca Orozco, *Aparejo*, de la serie *Pájaro migrante*, impresión digital, 14 x 21.5 cm, 2016



CONTRAPORTADA: Dilan Aldahir González Torres, de la serie *Visiones durante el sueño*, tinta/papel, 14 x 21.5 cm, 2018



|  |    |
|--|----|
| EDITORIAL  | 7  |
| DEL ÁRBOL GENEALÓGICO  |    |
| La mesa puesta / Leonardo Tarifeño   | 8  |
| CONCURSO 49 DE PUNTO DE PARTIDA  |    |
| La portentosa mujer que no sabía hablar (Poesía) / Andrea Rivas  | 12 |
| De las veces que me embriagué bebiendo sake (o los poemas japoneses) (Poesía) / Daniel Pérez Segura  | 18 |
| Visiones durante el sueño (Gráfica) / Dilan Aldahir González Torres  | 26 |
| Recuerdo de Marietta (Cuento breve) / Manuel Parra Aguilar   | 33 |
| Ella (Cuento breve) / Mónica Elsa Zempoalteca Alfonseca  | 34 |
| Insecticida (Cuento) / Mariana Salamanca   | 36 |
| El fantasma de los días doce (Cuento) / Vick Medina  | 41 |
| Pájaro migrante (Fotografía) / Andrea Abarca Orozco  | 45 |
| Cisma (Crónica) / Darío Roberto Islas Domínguez  | 51 |
| Del regreso a casa. El Espinal (Crónica) / Emiliano Trujillo González  | 61 |
| Esquemas (Gráfica) / Alejandra Mayté Ibáñez González   | 69 |
| Elizondo en China (Ensayo) / Pierre Herrera  | 74 |
| Del verdadero origen del Ensayo (Ensayo) / Andrés Hiraes   | 84 |
| Versos escritos a algunas millas de la abadía de Tintern, de regreso de los bancos de Wye durante un paseo. 13 de julio de 1798 (Traducción) / Mario Salvatierra | 89 |

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Jorge Volpi Escalante  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 210, julio-agosto 2018  
Fundada en 1966

*Edición:* Carmina Estrada  
*Redacción:* Eduardo Cerdán  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño original:* Rafael Olvera  
*Diseño de este número:* Marfa Luisa Passarge  
*Ilustración de este número:* Flavia Martínez  
*Impresión en offset:* Offset Rebosán S.A. de C.V.  
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan  
Ciudad de México, 14370

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.  
Tel.: 56 22 62 01  
Fax: 56 22 62 43  
correo electrónico: [puntoonlinea@gmail.com](mailto:puntoonlinea@gmail.com)  
[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)  
[www.puntoonlinea.unam.mx](http://www.puntoonlinea.unam.mx)

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,  
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

“Si la realidad es como uno cree que es, no hay nada para contar”, afirma Leonardo Tarifeño a propósito de la literatura y sus motivos en el texto “La mesa puesta”, que abre este número especial de *Punto de partida* dedicado a los ganadores en el concurso literario y gráfico convocado anualmente por esta revista. Saco a colación el postulado de Tarifeño —quien fungió como jurado del certamen— porque refleja el ánimo de los trabajos publicados en este número. Dos casos concretos son los ensayos premiados. Llama la atención que ambos ponen sobre la mesa al género en sí y su interacción con la narrativa e incluso con el arte contemporáneo, y son una muestra del camino hacia la dilución de fronteras entre los géneros del que da cuenta buena parte de la producción literaria actual: en “Elizondo en China”, Pierre Herrera realiza un ejercicio de apropiación e intervención de la biografía y los *Diarios* de Salvador Elizondo, para así hilvanar un ensayo ficcionado —que conserva la voz de Elizondo y la estructura de diario— en torno a la génesis de *Farabeuf*. El ganador del segundo lugar, Andrés Hiraes, en “Del verdadero origen del Ensayo”, reflexiona y argumenta a partir de una premisa, por decir lo menos, polémica: los *Ensayos* de Montaigne no son la piedra fundacional de un género nuevo, sino una novela fragmentaria. Sostiene Hiraes que el género tiene su origen en una mala lectura de una obra de vanguardia en su época.

En Poesía, Andrea Rivas escribe desde el dolor por la pérdida temprana del padre en su contundente serie “La portentosa mujer que no sabía hablar”, y Daniel Pérez Segura desarrolla en “De las veces que me embriagué bebiendo sake” tres bloques poéticos en formas tradicionales japonesas: haikús, tankas y senryus; una manera de ver y exaltar a la naturaleza que podemos contrastar, en cuanto al abordaje del tema, con la versión de Mario Salvatierra a una balada lírica del romántico inglés William Wordsworth, con la cual obtuvo premio en la categoría de Traducción Literaria.

Publicamos también a los ganadores en Cuento y Cuento Breve. En el primer caso se trata de “Insecti-

cida”, texto en el que Mariana Salamanca narra el deterioro físico y emocional de una joven en un formato de diario que se hibrida con una voz paralela, y “El fantasma de los días doce”, cuento de corte fantástico de Vick Medina, que remite formalmente a la literatura romántica. En Cuento Breve, Manuel Parra Aguilar presenta “Recuerdo de Marietta”, una pieza de concreción notable teñida de humor negro, y Mónica Elsa Zempoalteca hace en “Ella” una inquietante reflexión sobre la maternidad que cobra fuerza mediante el desdoblamiento de la narradora.

Las crónicas premiadas en esta edición se ocupan —era de esperarse— de los terremotos que afectaron a México en septiembre pasado. En “Cisma”, Darío Islas Domínguez cuenta su experiencia en el centro de acopio instalado en el Estadio Olímpico Universitario: un texto rudo cuya intención es desmontar la imagen heroica —propagada por los medios en su momento— de quienes como él participaron en la recepción de ayuda para los afectados. Por su parte, Emiliano Trujillo González construye un relato entrañable y polifónico a partir de la tragedia vivida en el Istmo de Tehuantepec en “Del regreso a casa. El Espinal”.

“Pájaro migrante”, serie de Andrea Abarca ganadora en Fotografía, retrata a un adolescente guatemalteco que lustra zapatos en las calles de la Ciudad de México, y acompaña en este número a los trabajos galardonados en la categoría Gráfica, dos series de dibujos de factura excelente: “Visiones durante el sueño”, de Dilan González Torres, y “Esquemas”, de Alejandra Mayté Ibáñez. Mención especial merece el portafolios fotográfico que publicamos a lo largo de estas páginas, obra de la cineasta y fotógrafa Flavia Martínez, quien generosamente nos ha permitido reproducir su trabajo y compartirlo con nuestros lectores.

Para cerrar este comentario, vaya nuestro agradecimiento a los miembros del jurado que participaron en este proyecto, ya tradicional en la UNAM, en apoyo a la nueva creación universitaria. 📍

Carmina Estrada

# La mesa puesta

Leonardo Tarifeño

**T**odo escritor se forma de acuerdo al entorno en el que vive. El autor en ciernes se define según su relación con lo que admira, detesta, ve o quisiera ver a su alrededor. A partir de esa serie de encuentros y desencuentros con el mundo, el artista moldea su espíritu e inicia el recorrido que podría llevarlo, si su sensibilidad se lo permite, al encuentro con su propia voz.

El entorno constituye una geografía psicológica decisiva y sólo se puede narrar a partir de una tensión permanente con ese espacio, que también es el del origen. Esa tensión cobra distintas formas a medida que el autor se atreve a serlo y a creer en sí mismo. El único estímulo que le vale al aspirante a escritor es el de saberse diferente y aceptar que sus intereses, mirada y modo de vivir no encajan en el *puzzle* de la sociedad, como si ese desajuste inevitable fuera una condena y un alivio a la vez. “La literatura no es un espejo del mundo, es algo más, agregado al mundo”, escribió Borges. Para contar (y vivir) ese “agregado” hay que estar dentro y fuera del mundo, entrenar el punto de vista personal para reconocer la fuerza simbólica de las historias. Si es verdad que la vida no tiene sentido, no menos cierto es que las historias tienen razones. Y entender esas razones en su abrumadora complejidad, aunque desmientan todo lo que uno crea saber o haber aprendido del orden de la vida, es uno de los primeros retos éticos y estéticos que el autor primerizo debe animarse a enfrentar.

Para un escritor no hay nada más estrambótico que descubrir la existencia de jóvenes interesados en la escritura. Se supone que cada vez se lee menos y que las nuevas generaciones prefieren cualquier otro entretenimiento antes que un libro, pero las profecías apocalípticas con respecto a la lectura y la escritura nunca tienen en cuenta a esos chavos y chavas que, contra todo pronóstico, siempre se acercan a los autores como si algo los quemara por dentro. No se atreven a decirlo, pero su corazón delator los impulsa a narrar. ¿Por qué lo necesitan? La respuesta a esa pregunta seguramente les llevará toda la vida, y quizás ni siquiera en todo ese tiempo puedan contestarla. Pero, mientras tanto, acuden a los libros y a los autores en busca de alguna pista.

El oficio de la escritura no es tan distinto a, digamos, la carpintería: el aprendiz tiene cierta facilidad para manejar algunas herramientas; primero necesita conocer bien los materiales, y el tiempo y los golpes le enseñarán a construir una mesa. Cada

historia reclama un tratamiento especial, pero esa ingeniería verbal sólo aparece en la pantalla de la *compu* si se profundiza en la sensación que se tuvo al descubrirla, pensarla o vivirla. No se puede expresar lo que de alguna forma u otra no se siente. Narrar implica irse a vivir a la historia que se cuenta, aceptar que uno también es un personaje y que los destinos dibujados en el texto nunca están del todo en manos del autor. La experiencia de la escritura es un acercamiento a lo desconocido, y lo que se sabe o se aprende es apenas lo más sencillo. Escribir es, quizás, una cuestión de técnica; narrar, en cambio, reclama una disposición del espíritu abierta a lo que de ninguna manera se puede controlar. Conocer el oficio no significa que se domina el arte. Y para que un relato sea creíble y potente hay que avanzar hacia donde no se ha ido, saltar a ese abismo, hundirse en la sorpresa. Si la realidad es como uno cree que es, no hay nada para contar. Pero precisamente porque sorprende y resiste las clasificaciones, las historias surgen a cada paso. El mayor aprendizaje no corresponde tanto a las necesidades del oficio como a la sensibilidad que admite no saber de qué está hecho el mundo, el contexto, ese entorno con el que el escritor vive en tensión permanente y cuya relación define el tipo de artista que se llega a ser.

Henry James decía que la mejor manera de ahorrarse detalles excesivos en una narración es lograr que el lector sienta en carne propia aquello que se pretende contar. Un buen ejemplo son las películas de terror. El espectador asume que el miedo está manipulado, que la luz se irá justo cuando la bella protagonista baje al sótano, o que una música atronadora surgirá en el momento en el que ella abra un misterioso y temible arma-

rio. El artificio es evidente, repetido, esperable. Pero el virus de la realidad se ha liberado, y el pánico de la protagonista contagiará a los que la observan al otro lado de la pantalla. Aprender a narrar lo real no es mucho más que eso: vivir la experiencia de tal manera que el autor sepa que el ritmo de la prosa, el suspenso y el carisma de los personajes obedecen a la única misión de poner en marcha el contagio.

Un escritor es aquel que siempre duda de serlo, porque es difícil saber qué confirma su condición. Una obra, sí, aunque la obra en realidad define la forma de vida. El conocimiento de la técnica, también, pero ese dominio sólo se refiere a la parte de oficio que tiene la escritura. Tal vez a un escritor lo hacen la búsqueda, la falta de certezas, la seguridad de encontrarse en el medio de un camino para el que hay muchos rumbos posibles y del cual sólo uno conduce a lo que se desea plasmar. La convicción la da la duda. La sospecha de que todos somos siempre escritores en ciernes, enfrentados una y otra vez al mismo reto que nunca sabremos si podremos descifrar.

El porvenir de la literatura quizás no dependa de la cantidad de lectores o de chavos con ganas de escribir, sino de ese desajuste presente en todas las edades y todas las circunstancias, que obliga a quien lo padece a preguntarse por las razones de los hechos. Lo único que no se enseña en el arte de narrar es el cuestionamiento, querer saber por qué, el impulso por indagar en aquello que presenta una única verdad. Gracias a la literatura sabemos que la realidad no es como creemos que es, sino mucho más compleja y atractiva. Escribir supone reconocernos como no sabíamos que éramos o podíamos ser. ♣

**Leonardo Tarifeño** (Mar del Plata, Argentina, 1967). Cronista, crítico literario y DJ. Vivió y trabajó como reportero y editor en Barcelona, Budapest, Río de Janeiro, Buenos Aires y la Ciudad de México (donde reside, con intervalos, desde 1998). Fue coeditor de los suplementos culturales *El Ángel*, del periódico *Reforma*, y *adn*, del diario argentino *La Nación*, en el que también fue columnista. En 2004 fue becario de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, que por entonces dirigía Gabriel García Márquez. Durante años ha colaborado para la edición argentina de la revista *Rolling Stone*, *Letras Libres*, *Gatopardo*, *Esquire* y el suplemento cultural *Confabulario*, del periódico *El Universal*, entre otros medios. En 2012 produjo y compiló el CD *Hasta la cumbia siempre* (Ultripop). Es autor, entre otros libros, de *Extranjero siempre. Crónicas nómadas* (Almadía-Producciones El Salario del Miedo), elegido por Sergio González Rodríguez como uno de los mejores libros periodísticos publicados en México en 2013.





# Concurso 49 de *Punto de partida*

## **JURADO**

CRÓNICA / Josefina Estrada, Daniela Rea y Leonardo Tarifeño

CUENTO / Mauricio Carrera, Anamari Gomís y Agustín Monsreal

CUENTO BREVE / Ave Barrera, Ana García Bergua y David Miklos

ENSAYO / Omar Nieto, Héctor Perea y Brenda Ríos

FOTOGRAFÍA / Gabriel Figueroa Flores, María Guadalupe Lara y Nicola Lorusso

GRÁFICA / Gilda Castillo, Demián Flores y Magali Lara

POESÍA / Julia Santibáñez, Julio Trujillo y Karen Villeda

TRADUCCIÓN / Flora Botton Burlá y Juan Carlos Calvillo

# La portentosa mujer que no sabía hablar

Andrea Rivas

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

## La portentosa mujer que no sabía hablar

*Si vieras a la que sin ti duerme en un jardín en ruinas en la memoria. Allí yo, ebria  
de mil muertes, hablo de mí conmigo sólo por saber si es verdad que estoy debajo  
de la hierba*

Alejandra Pizarnik

Debajo de la hierba nuestros nombres verdaderos clausurados  
en la piedra del encono duermen ignorantes  
de los significados que andan sin carcaza para defenderse.  
Qué extrañeza es para los otros  
el mirarnos deshechas rehechas nauseabundas reinas de burdeles imaginarios de bosques  
imperios y habitaciones vacías  
qué gracia les causa  
con qué conmiseración leen nuestras palabras líquidas  
los cúmulos de atrocidades que no van ni vienen  
porque no tienen nada que los mantenga fijos en una sola palabra.  
Si digo retórica quiero decir engaño  
pero también que me equivoco y no hay modo de organizar este *big bang* de ideas que no llegan  
a la siguiente neurona.  
Todo esto para decir  
que si vieras cómo de cuántas maneras distintas ensayo la coherencia  
y esta prodigiosa manera de fracasar soy yo  
pero no podrás nombrarme no seré el ejemplo de tu caso clínico  
*la portentosa mujer poeta que no sabía hablar*  
porque ¿recuerdas?

**Andrea Rivas** (Puebla, Puebla, 1991). Poeta, traductora y ensayista. Licenciada en Lingüística y Literatura Hispanoamericana por la BUAP, donde actualmente estudia la maestría en Literatura Hispanoamericana. Ha traducido obras de poesía y narrativa para editoriales nacionales e internacionales, como Valparaíso, Planeta y Círculo de Poesía. Su trabajo como poeta y crítica ha aparecido en publicaciones como *Buenos Aires Poetry*, *Excéntrica*, *Tierra Adentro*, el sitio web del Centro Cultural Tina Modotti Caracas y antologías internacionales de poesía. En 2017 ganó el Premio “Herminia Franco Espinosa” a la mejor tesis de licenciatura con temática de género. En 2018 ganó el segundo lugar del premio de poesía de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP. Sus poemas han sido traducidos al inglés y al italiano. Actualmente es traductora en Círculo de Poesía.

nuestros nombres están clausurados  
 no hay nombres y tú estás destinado a escuchar y al olvido  
 estás escuchándome  
 no digo nada  
 para qué decir  
 cuando cierres la página  
 la ausencia de puntos será la continuidad de tu vida

اآب

Los hechos son éstos  
 un cáncer en tu estómago me dejó sin padre  
 a los dos años

Nunca pregunté por ti nunca supe  
 tu cumpleaños ni la fecha de tu funeral  
 & siempre creí que eras ingeniero  
 hasta que en algún lado escuché que tú  
 tampoco entendías de números & ese día  
 asumí que quizá te hubiera gustado saber  
 que soy poeta

Casi alcanzo tu edad papá mi novio ya es tres años más grande que tú  
& cuando peleamos pienso  
qué me aconsejarías hacer pero qué puede aconsejarme  
un hombre-a-medias un hombre débil que no conozco & que no tuvo las fuerzas  
para quedarse a hacer lo que tenía que hacer  
que era crecer para su hija & darle consejos  
cuando ella también creciera & tuviera un novio  
& estuviera perdida

Quizá a ti tampoco te dieron consejos papá  
& por eso te moriste & no fue tu culpa  
sino de los que no te hicieron entrar en razón  
cuando te abalanzabas hacia la muerte  
o te fuiste de mi mundo porque estabas harto de sugerencias  
& creciste tumores que te llevaran a descansar lejos

¿Descansas papá  
aun cuando escuchas mis quejas diarias  
mi odio nocturno a tu debilidad  
a haberte muerto con una lengua  
que no me regalaste que no me enseñaste a hablar  
—papá yo quiero escribirte en árabe & me da rabia  
porque tú no supiste dejarme una voz mía que supiera hablar de mi sangre—  
& luego mi arrepentimiento por no saber entender  
que tú no podías decidir quedarte?

Cuando tacho tu apellido de mi nombre  
no te niego  
es sólo como cuando me niego a ver los videos  
que guardan tus movimientos y tu voz  
como negarme a darle *play* al VHS  
donde dice cuándo naciste & qué te gustaba comer  
si odiabas a los poetas  
& si me querías & si tenías sueños  
o si eras un buen amigo o un nefasto perdedor

pero papá quiero que entiendas  
que yo no puedo saber esas cosas  
que aprehenderte me hace daño  
que tu imagen vacía es lo más cálido  
& la mejor herencia que puedo pedirte  
que este poema sólo existe porque yo sé  
que mientras no inicie la videocasetera  
yo puedo dibujarte un rostro & llamarte papá  
& pedirte consejos & pensar que escuchas  
que quieres escuchar que te gusta leer poemas  
que te gusta que te hable que te gusta que te pida consejos  
& cuando se reproduzca el conocimiento papá & sepa quién eres  
& no me quede nada más por saber de ti  
el poema se cierra  
& te mueres papá  
te mueres.

## **nosotras y los leones**

i.  
crecimos separadas en la misma  
cruel y fina jaula de leones  
de tu lado las aves erraban los vuelos  
comiendo trampas de infértiles semillas  
de mi lado no había alas sino lombrices secas  
royendo la tierra con sus cuerpos fétidos  
que nunca supieron convertirse en alimento.

afuera, aquí no, sino en el mundo prometido,  
avanzaba la caravana de todo lo que no existe, de todo  
lo que no era y no sería nunca nuestro.  
como en un desfile largas, maravillosas cabelleras  
flotaban vivientes velos sobre las caras de todas

las que nunca nos dirían cómo se hace para lanzar un suspiro  
y volver fecundo el mármol. Nosotras, dentro, mirábamos.

ii.

se abre la jaula para encontrarnos en el umbral de todas las cosas.  
esto es lo que existe: rotos, imperfectos sueños, recuerdos  
que hemos inventado para tener algo que contar,  
el dulce pan nuestro de cada día deja caer sus migajas  
para que coman los gusanos, para que las aves encuentren  
gusanos repletos de migas de pan.  
aprendemos a vivir en este sitio hecho de palabras y también hay esto:  
tras las rejas leones que hemos alimentado con silencio  
a cambio hoy, nos enseñan a rugir.

iii.

quiero explicarte estos poemas:  
te conocí en el borde, en ese límite  
entre el ya no más & quiero aprender  
a no estar sola. también tú estabas entendiendo  
cómo se compone el mundo también tú  
descubriste que el cabello corto no significa  
tierra infértil & me enseñaste a vivir con ello.  
¿recuerdas? los leones que muerden los sueños a veces  
se visten de rosa para las bodas. tú y yo no crecimos  
en la misma jaula pero sabemos cómo se siente  
algo tan nuevo como la palabra poema  
algo tan nuevo como disparar un verso & entender  
que al otro lado de todo lo que nunca hemos sido  
también hay alguien que está esperando.

## Delirium nocturnum

I

A la orden de Mrs. Dalloway  
sales a comprar flores para llenar  
el casco de cerveza que bebiste con él.  
Flores de su color  
flores secas para adornar el no estar  
el no ser con nadie.  
Pero las florerías de la ciudad  
no conocen el color  
del fuego roto.  
Nadie pudo pintarlas  
—y aunque la reina exigió que rodaran cabezas—  
en ningún lugar se halló un pigmento que imitara  
el rugido tenue de esa voz.

II

Se desfunda la noche  
la botella desde lo alto del librero  
escupe palabras tuyas.  
Leo tu miedo.  
Tu debilidad me hace un sitio  
para cubrirme de las sombras:  
es lo frágil que ya no escondes  
que nos abre un lugar  
donde sostenemos la mirada.

iii

somos el vacío que ha quedado dentro  
el polvo que se acumula en el fondo  
es tu sombra impregnada en mi miedo  
dándole espesor  
a lo invisible.

# De las veces que me embriagué bebiendo sake (o los poemas japoneses)

Daniel Pérez Segura

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

## HAIKÚS

*A veces también me duermo en clases y despierto con un haiku pegado  
en mi frente, con su baba japonesa.*

Julio César Suárez

## Tres haikús primaverales

I

Silban los pájaros  
una canción que anuncia:  
es primavera.

II

Durante marzo  
hasta sobre tu falda  
crecieron flores.

III

Como una plaga  
se expandió por las calles  
el color verde.

**Daniel Pérez Segura** (Ciudad de México, 1993). Estudia la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue becario del Festival Cultural Interfaz Pachuca 2017 y ganador del segundo premio de la XIV edición del Concorso Internazionale di Poesia e Teatro “Castello di Duino” en 2018. Algunos poemas suyos han sido publicados en las revistas electrónicas *Punto en Línea* de México y *Literariedad* de Colombia.

### Tres haikús estivales

I

Golpes de sol  
un manantial abrieron  
en cada poro.

II

Hueco en la luz  
tendida sobre el piso  
era mi sombra.

III

Se acaba julio  
y sólo el sol no tuvo  
días de asueto.

### Tres haikús otoñales

I

Nos salpicó  
de otoño todo el cuerpo  
la lluvia de hojas

II

Canción de otoño:  
el crujir de las hojas  
bajo nosotros.

III

Cubren sus pies  
del frío que se acerca  
todos los árboles.

**Tres haikús invernales**

I

Vino una tarde  
y se quedó tres meses  
en casa el frío.

II

Aún más linda  
en su vestido blanco  
luce la lluvia.

III

Fue amable enero:  
me regaló tres tardes  
dentro de cama.

## TANKAS

## Tres tankas bajo las estrellas

I

Que la belleza  
advertida a lo lejos  
ciega de cerca,  
aprendí cuando niño  
con las estrellas.

II

Sin las estrellas  
clavadas en el cielo  
más de una vez  
se me habría caído  
la noche encima.

III

¡Mira, mamá,  
hoy capturé una estrella!,  
dijo la niña  
con aquella luciérnaga  
muerta en la mano.

## Tres tankas para los amantes

I

Cuando anochece  
aparecen caricias  
casi fantasmas.  
Manos que no se ven  
pero se sienten.

II

Sus cuerpos bailan  
tan juntos que parecen  
ser uno solo,  
como en el horizonte  
mares y cielos.

III

De lo que fuimos  
pocas cosas perduran.  
Nuestros dos nombres  
tallados sobre un árbol,  
por decir algo.

## Tres tankas contra la guerra

### I

Nada más muertos.  
Ni mejores cosechas  
ni honor ni gloria  
ni riqueza a raudales  
trajo la guerra.

### II

¿Qué diferencia  
existe entre nosotros  
y el enemigo  
si las mismas estrellas  
vemos de noche?

### III

Sólo los tontos  
sueñan con ganar guerras.  
Si no lo fueran  
ya sabrían que en una  
ninguno gana.

## Tres tankas entre escarabajos

### I

Llevan su mierda  
donde sea que vayan.  
Por eso al ver  
estos escarabajos  
pienso en los hombres.

### II

Bien escondida  
encontré aquella gema  
entre las hierbas  
pero quise tomarla  
y se movió.

### III

Oí decir  
pueden cargar mil veces  
su propio peso.  
Lástima que aquel niño  
pesaba más.

## SENRYUS

### Tres senryus a la orilla del río

*En una jornada de millones de años  
partió el gran río la serranía en dos.*

Carlos Pellicer

#### I

Pasa las horas  
limando bien sus piedras  
con agua clara.

#### II

Río es un verbo  
que usamos cuando el agua  
va de paseo.

#### III

Corre a contarle  
de todo cuanto ve  
el río al mar.

## Tres senryus mirando las nubes

*Tejidas de alas son flores del agua,  
Arrecifes de instantes, red de espuma.*

*Islas de niebla, flotan, se deslían  
Y nos dejan hundidos en la Tierra.*

José Emilio Pacheco

I

Llovimos juntos  
hasta la madrugada  
la nube y yo.

II

En noches frías  
la luna se cobija  
bajo una nube.

III

Hoy son distintas  
esas nubes de ayer.  
También nosotros.

## Tres senryus en soledad

I

Secreta lengua  
para charlar conmigo  
es el silencio.

II

Vagamos juntos  
por toda la ciudad  
mi sombra y yo.

III

Si yo pudiera  
huiría como el pájaro  
lejos de mí.

## Tres senryus por los árboles que ha perdido el bosque

I  
Miré brotar  
de tus ramas ya secas  
la flor del fuego.

II  
Dará papel  
otra forma de oxígeno  
ya muerto el árbol.

III  
Último fruto  
de aquel tronco talado  
es este senryu.

De la serie *Mapas*, digital, 2018



# Visiones durante el sueño

Dilan Aldahir González Torres

FACULTAD DE ARTES Y DISEÑO-UNAM



Todas las imágenes de la serie: tinta/papel, 14 × 21.5 cm, 2018

**Dilan Aldahir González Torres** (Ciudad de México, 1996). Estudiante de la licenciatura en Artes Visuales en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, en la que se ha formado en los talleres de pintura a cargo de Ulises García Ponce de León e Ignacio Salazar, así como en los seminarios de teoría de Luis Argudín Alcérreca y Maude Olea. Destaca su participación en las exposiciones colectivas *Vivencias de lo cotidiano* (Sociedad Astronómica de México, 2016), *México, país que queremos, país que nos duele* (Biblioteca Vasconcelos, 2016) y *Demiurgo* (Galería ArtSpace México, 2017). Participó como gestor en la exposición *Voy a Santiago*, en el Centro Cultural de Santiago (2017). Obtuvo en 2017 el primer premio en el Concurso Universitario de Dibujo en honor al pintor Gilberto Aceves Navarro, de la UNAM.













# Recuerdo de Marietta

Manuel Parra Aguilar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

**Y**o tuve por mascota una vaca.

Le daba de comer un poco de avena sobre la palma de la mano y sentía su rasposa lengua; le daba un poco de alfalfa y, cuando estornudaba la vaca, su baba la usaba como gel para modelarme un tanto el pelo o como uno de esos ungüentos para mejorar la figura. La vaca tenía un enorme cencerro por collar; al moverse se balanceaba de un lado para otro, haciendo temblar las paredes de la habitación. (Siempre he creído que son demasiadas las paredes en mi casa, porque la vaca chocaba con ellas.) Abrazaba a la vaca y de pronto su cuello era grueso como un tronco. Le tocaba la cabeza y sentía que mi vaca era una auténtica vaca.

Me montaba en su lomo azul y nos íbamos por los pasillos, divirtiéndonos de una habitación en otra.

En lo alto de sus cuernos colgaba mi ropa y la vaca sacudía la cabeza, complicando un tanto el secado. No contenta con ello, su mugido lastimero solía interrumpir las conversaciones.

Marietta, Marietta, mugía la vaca incluso mientras me la comía. **P**

**Manuel Parra Aguilar** (Hermosillo, Sonora, 1982). Licenciado en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Sonora. Es autor del libro de cuentos *Contrataciones* (Jus, 2009) y de los libros de poemas *Más le valiera morir* (Rivas Hernández Editores, 2009), *En el estudio* (Tintanueva, 2011), *Manual del mecánico* (Vox, 2012), *Pertenencias* (Mantis, 2014), *Portuaria* (ISC, 2014) y *Breves* (CECAN, 2017). Actualmente cursa el cuarto semestre de la maestría en Estudios de Arte y Literatura en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, en donde ha participado con actividades de investigación de poesía latinoamericana reciente.

# Ella

Mónica Elsa Zempoalteca Alfonseca

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (SUAYED)-UNAM

No se cansa de platicar con las palomas. Le pone nombres a cada una y las va conduciendo como si fueran un rebaño. Cuando tenía su edad me daban repulsión estas aves. No soportaba los repetitivos movimientos de sus cabezas, hacia atrás y hacia delante. Me daban escalofríos los sonidos apagados que acostumbran hacer con su pecho. Pero ya luego, con el tiempo, me fui volviendo indiferente a ellas.

A mi hija le interesa todo lo que tenga vida; es decir, aquello que se mueva y se ensucie, que ataque o huya. No me sorprendí cuando ayer mamá le preguntó a qué se quería dedicar de grande y ella respondió: “Bióloga”, sin ningún asomo de duda en su expresión. “¿Y a qué se dedica una bióloga?”, le cuestionó su abuela viéndola desde el espejo del tocador mientras la peinaba. “Dedican su vida a estudiar mucho y a ser libres como los gatos, y también como los pájaros que vemos cruzar en el cielo desde el patio”, aseguró Lilí, no sin cierta condescendencia.

Entre semana y por las tardes, me gusta lo tranquilo que está el parque. Puedo encontrar con facilidad una banca libre y con sombra en donde acomodar la pañalera y mi bolsa, que es un decir, porque ya es más bolsa de los niños que mía.

Tomo a Emiliano entre mis brazos y, una vez que él y yo hemos encontrado una posición cómoda, nos perdemos por un momento en la monótona caída de agua de la fuente. Lilí ya está alimentando a sus pájaros. Sentir sobre mi regazo el peso y el calor del cuerpecito de Emiliano me calma.

Alcanzo a distinguir a una mujer parecidísima a mí en la banca que está enfrente, al otro lado de la fuente tranquila. No lo puedo creer. La sangre me palpita bajo las sienas. Soy yo, pero en una versión distinta. Viste (¿visto?) una blusa blanca, saco, falda y tacones negros muy altos. Parece un animal fino y delicado, adaptado para moverse en las alturas. Emiliano comienza a quejarse. Lo reacomodo. Se contenta. Ella (¿yo?) está concentrada. Parece arreglar su mundo desde un teléfono celular. El sol brilla en el filo de sus tacones. Sus manos se ven suaves. Dedos largos y precisos. Las mías son manos de piedra pómez. A veces huelen a leche, a cebolla y a caucho mojado por los guantes para lavar. ¿Cómo hacen las otras mamás? Yo no tengo tiempo para lucir así de impecable. Me vuelvo invisible a veces, desde que soy mamá. Ella (¿yo?) no me ha visto.

Emiliano me hace saber que tiene hambre. Su pequeña mano sujeta mi dedo

**Mónica Elsa Zempoalteca Alfonseca** (Ciudad de México, 1985). Escritora y periodista. Cursa la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Estudió Escritura Creativa en la Escuela de Escritores de la SOGEM. Escribe mensualmente sobre literatura infantil y juvenil en la columna “Pequeña caja de libros” de *Página Salmón*. Facebook: /moniezen. Twitter: @moni\_zen.

meñique mientras come papilla de manzana. La presión de su mano es muy ligera, pero me retiene en el presente. En este cuerpo. En esta banca. En este transcurrir del tiempo.

Ella sigue ahí. Sentada. Tiene exactamente todos mis rasgos, mi cabello, mis gestos. Una paloma se ha alejado del rebaño para acercarse a la banca en donde ella está sentada. Lilí persigue al ave y es ahora cuando observa con curiosidad a mi hija y Lilí, a su vez, la mira con la fascinación indecisa de un venado. Suena el timbre de su celular. Lilí y yo la vemos, como hechizadas, levantarse y casi deslizarse hacia la puerta trasera de un lustroso automóvil negro que se ha detenido junto al parque. Adentro y desde el otro lado del vidrio me alcanza a ver, asombrada, mientras el auto se aleja, casi sin hacer ruido, hacia Circuito Interior. 📍



# Insecticida

Mariana Salamanca

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA-CIUDAD DE MÉXICO

*L*a cosa es que nadie me hubiera creído. Así es siempre, ¿no? Te hacen sentir que tú eres el problema. Es decir: te hacen sudar y temblar antes de pasar por el detector de metal, aunque no te hayas robado nada. Por eso siempre preferí no decirle a nadie. Guardo mis frascos donde sé que nadie va a encontrarlos nunca. Mi favorita es la polilla, aunque el insecto que parece una rama fue el más difícil de atrapar. Quizás por eso decidí escribir esto, particularmente, lo del insecto rama. Para no olvidar.

## 27 de mayo

El jueves me llamaron de la enfermería. No sólo tenía que saberlo mi familia, no: mi mamá se encargó de avisar también a la escuela. Me pesaron y me midieron. La encargada de la enfermería es una nutrióloga muy joven y medio imbécil, así que no notó nada. Me dijo que iba muy bien, sólo había que comer más carbohidratos y tomar más agua. Me recomendó unos polvos de proteína para hacer licuados. Mi mamá ya se encargó de comprarlos y sumarlos a la dieta de las 15 tortillas y el kilo de arroz. Ahora peso 56. El semestre pasado pesaba 52. Se supone que tengo que pesar 60. A mí me da lo mismo, pero mi mamá y la nutrióloga me observan con esa mirada condescendiente, con lástima.

En la noche voy a salir con mis amigos. Me da flojera meterme a bañar porque quiero ponerme un vestido y sé todo lo que implica. Rasurarme las piernas. Maquillarme. Tomar mucha agua para que no se me marque la panza. Ponerme bronceador para disimular la celulitis. Corrector para disimular los granos. Todo eso. Pero ya no me importa. Voy a hacer todas esas cosas porque ya no

me importa, voy a aceptarme a mí misma. Aceptarme a mí misma. Aceptarme.

*Había una vez una niña con patas de araña. La niña se quedaba noches enteras en la esquina de la regadera. Un día alguien la vio y la aplastó con la botella de champú y la ahogó, y la niña araña se fue por la coladera.*

## 28 de mayo

Ayer conocí a alguien en la fiesta. Se llama Cristina. Es muy guapa y la ropa le cae perfecto, como si fuera un maniquí. Tiene una sonrisa enorme y blanca y se ríe como si no existiera la tragedia en el mundo, te lo juro. Qué horror. No me cayó mal, pero creo que la detesto. Me hice su amiga de inmediato. Se la pasó toda la fiesta bebiendo ron y cerveza y se acabó el plato de chicharrones con guacamole. En la madrugada, nos metimos a la alberca y me asomé a ver la talla de sus shorts cuando se los quitó: doble cero. Cristina daba vueltas en la alberca con los brazos en alto y todos la rodeaban, como si le rindieran culto, carajo. Yo los observaba desde la esquina, con los pies metidos en el agua. No quise quitarme la ropa. Menos mal que nadie me preguntó nada.

## 10 de junio

No sé por qué sigo bajando de peso. He estado siguiendo la dieta que me puso la nutrióloga. Tengo que comer mucho más de lo que me apetece, tazas y tazas de arroz, un montón de tortillas, qué asco. “Tienes hoyos en las plantas de los pies o qué te pasa”, dice mi mamá cuando

**Mariana Salamanca** (Ciudad de México, 1995). Estudiante de Literatura Latinoamericana en la Universidad Iberoamericana, campus Ciudad de México. Fue parte de la sociedad de alumnos de la licenciatura durante el periodo de 2017 y cofundadora de la revista *Parábola*, iniciativa de las estudiantes de esta sociedad. También fue practicante de trabajo editorial en el Fondo de Cultura Económica. Actualmente es editora de la sección de cine en la revista digital *C de Cultura*.

me observa en las mañanas, con el camisón de seda que me queda grande.

En las noches, antes de subirme a la báscula, intento adivinar mi peso. Casi siempre calculo mal. Me paro frente al espejo y me observo las clavículas, las rodillas, los huesitos de la cadera. Es extraño, pero no me disgusta. Quizás así la ropa va a caerme perfecto, como un maniquí. Igual y ya no debería seguir la dieta de la nutrióloga. Total, ¿para qué?

*Había una vez una niña con cuerpo de polilla. La niña se sentaba en el camión y observaba por la ventana, como si quisiera salir y no viera sus propias alas. Un día, el camión se estrelló y la niña polilla salió volando por la ventana.*

### 18 de junio

Ayer volví a ver a Cristina. Estábamos en casa de Jaime. Ella se quitó los zapatos y se sentó con las piernas cruzadas en flor de loto. De vez en cuando hacía posiciones de yoga para estirarse. Dios santo, quién se cree, estirando su cuerpo en frente de todos como si estuviera sola en el mundo. Se comió cuatro rebanadas de pizza. Pasamos en frente de un espejo y ni siquiera se volteó a ver. Yo revisé que no tuviera nada atrapado entre los dientes, me olí las axilas, me recogí el pelo, me limpié el rímel corrido bajo los ojos, me retoqué el maquillaje, me volví a soltar el pelo. Cristina acarició al perro de Jaime y luego se talló la nariz y luego tomó una rebanada de pizza y se la llevó a la boca, todo con la misma

maldita mano mugrosa. Yo fui a lavarme las manos. Lavarme las manos. Lavarme las manos.

Jugamos a la botella. Estos juegos siempre me ponen incómoda, pero no había forma de decir que no, odio ser aguafiestas. Cristina se sentó enfrente de mí y, cuando la botella nos señaló, me dio un beso húmedo que me supo a miel. Fue asqueroso. Ojalá que Raúl ya no la invite a las fiestas. Creí que yo le interesaba a Raúl, pero ahora le gusta Cristina. De hecho, todos mis amigos parecen una bola de idiotas babeando por ella. No me importa. No me importa. Entiendo la fascinación, Cristina se ve cómoda, parece que sabe lo que quiere. Me limito a sentarme en las esquinas y observarla. A veces es bueno saber callarse, aprender de los demás. Y creo que puedo aprender muchos trucos de Cristina.

### 28 de junio

He tenido insomnio. Ya no puedo seguir con la dieta que me puso la nutrióloga. Intento, pero no sirve de nada. Se me está cayendo el pelo, más de lo normal. La coladera está siempre atascada de bolas de pelo y eso no ayuda a mi apetito. A veces me siento en la esquina de la regadera por horas, esperando a que pasen las náuseas. Peso 52 otra vez.

Cristina se cuele a todos los planes. Quizás no se cuele, supongo que la invita Raúl o Jaime o quien sea. Creo que ya no me cae tan mal. No sé, hay algo fascinante en su forma de recogerse el pelo, en la forma en la que deja que el tirante de la blusa se deslice por su hombro.

*Había una vez una niña con ojos de abeja. La niña discutía y se peleaba con quien se cruzaba en su camino. Un día, la niña abeja encajó su aguijón en la piel de un joven y murió de un desgarro abdominal.*

### 3 de julio

Dios santo, no sé cómo conservar los kilos. Se van, se van. Empiezo a pensar que tengo algo adentro, algo que se está comiendo lo que como, no sé. O quizás sí tengo huecos en las plantas de los pies.

Pensé que no me importaba, pero esto se está saliendo de control. Me queda grande la ropa y tengo frío todo el tiempo. Hago un esfuerzo por comer lo que me prepara mi mamá, sólo porque sé que se preocupa por mí, pero no me cabe. Me enoja y termino discutiendo con ella. A veces guardo espacio para poder comer en las reuniones y que mis amigos no piensen que soy una

aguafiestas. Siempre llevo platos de postres y botanas y sería muy grosero de mi parte si no comiera lo que preparo. A veces como demasiado y me dan ganas de vomitar, pero me contengo.

### 7 de julio

Ayer vi a Cristina en la farmacia a la vuelta de mi casa. Le pregunté si vivía por la zona y ella se rio con sus dientes blanquísimos y me dijo que algún día me invitaría a su casa. Alcancé a ver lo que compraba: laxantes naturales, alcohol etílico, pastillas anticonceptivas, guantes de látex. Quise invitarla a mi casa, pero me dijo que nos veríamos en otro momento. Parecía tener prisa. Quién sabe. Siempre olvido preguntarle qué estudia, si tiene hermanos, dónde conoció a Raúl. Me duele mucho la cabeza y me tiemblan las manos cuando intento escribir.

*Pride, plata/gelatina, 2017*



## 8 de julio

A veces siento que no tengo órganos ni músculos, sólo alambres apretando mis huesos.

*Había una vez una niña diminuta como una hormiga. La niña trabajaba arduamente para tener un buen futuro. Pero sus esfuerzos siempre pasaban desapercibidos, y sus amigos acabaron por aplastarla sin darse cuenta.*

## 10 de julio

Hoy me vi las manos y tenía como poros. Poros como los de la nariz. Revisé mis sábanas, pero no vi nada extraño. Pensé en sugerirle a mi mamá que fumigáramos la casa, pero me dio pena. Por alguna razón, siento que los poros en las manos son mi culpa. Además, no quiero agregar otro problema. Estoy muy flaca y creo que mi mamá se resiente conmigo por no seguir con la dieta. Discutimos todo el tiempo.

Decidí cortarme el pelo para que ya no se tape la cerradura de mi baño. Lo hice yo sola, con las tijeras de la cocina. Me quedó chueco, apenas me cubre las orejas. Antes me hubiera importado, ahora parece estúpido, intrascendente. Mi mamá me vio con lástima. “¿Qué te hiciste, niña?” Ya no me dice “mi niña”, como antes.

A veces, cuando manejo, creo ver a Cristina en el coche a mi lado. Pero siempre que me detengo a observar o saco la mano para saludarla, resulta ser otra persona. Hace un rato que no la veo y Jaime ya no hace fiestas en su casa porque la están remodelando. Quizás deba pedirle a Raúl el contacto de Cristina, pero no quiero que piense nada extraño.

## 11 de julio

Tuve una pesadilla. Estábamos en la playa. Yo tenía puesto un traje de astronauta y mis amigos se reían de mí. Cristina estaba completamente desnuda, me miraba con sus ojos de venado. “¿Qué te pasa?”, me preguntaba. De pronto ya no tenía el traje de astronauta, estaba en la cocina preparando botanas y postres para mis amigos. Mi pelo empezaba a caerse sobre el plato de dip de ostión. Se me caía un ojo dentro del tazón de betún para

el pastel. Yo tomaba el ojo e intentaba meterlo en la cavidad correspondiente, pero estaba pegajoso y se me quedaba adherido a los dedos. Cristina se acercaba y me decía: “¿Te ayudo con eso?” Luego tomaba mi ojo con sus manos cubiertas de miel, se lo metía a la boca y me decía: “Yo me alimento de gente como tú”.

Ya no quiero manejar. Me paraliza el miedo a chocar y salir volando por la ventana.

## 12 de julio

Los poros de mis manos están enormes. Son casi agujeros. Ahora me tengo que lavar las manos más seguido porque no quiero que algo se cuele a mi interior y se me infecte. Quizás debería decirle a mi mamá, pero creo que me está evitando. Hace mucho que dejó de molestarme con la dieta del arroz y las tortillas y me deja comer lo que quiera. Peso 47 kilos.

## 13 de julio

Me llegó la regla por primera vez en varias semanas y no dejo de sangrar. Estoy usando guantes de látex para proteger los agujeros en mis manos y decidí raparme porque mi pelo no deja de caerse. Creo que mi mamá también tiene insomnio, a veces no me contesta cuando le hablo.

Hace mucho que no salgo de la casa. Estamos de vacaciones y mis amigos no han hecho planes. O quizás ya no me invitan, no sé. Quizás ahora prefieren a Cristina. No me sorprendería. ¿Quién no preferiría a Cristina, con sus ojos de venado y su sonrisa blanquísima? Tengo que detener todo esto y estar sana, recuperar a mis amigos. Estar sana. Recuperar a mis amigos.

## 18 de julio

Desperté muy flaca. Intenté verme en el espejo, pero mi mamá quitó todos los espejos de la casa. Alcanzo a ver los huesos diminutos de mis pies por debajo de la piel. Me quité los guantes para lavarme las manos y los agujeros están enormes, ya casi no me quedan manos. Ya no voy a poder escribir. Comencé a tomar pastillas anticonceptivas para detener la regla, pero el flujo es constante y no sé cómo pararlo. Mi mamá ya no entra a mi cuarto, sólo me observa desde el marco de la puerta, suspira y me dice que regresa al rato. Tengo mucho frío, mucho frío.



De la serie *Mapas*, digital, 2018

### 23 de julio

Me levanté de la cama después de varios días. Me vi en el reflejo de la ventana. No sé en qué momento se me cayeron todas las uñas, las pestañas. Voy a tener que buscarlas entre las sábanas y tirarlas a la basura. No quiero que mi mamá se dé cuenta, aunque ya no se ha asomado a mi cuarto. Siento los dientes flojos. Me duele mucho escribir. Me da miedo quitarme los guantes. Me da miedo ver mi cuerpo. Mis amigos me mandan mensajes, no han sabido nada de mí, me invitan a salir, suenan preocupados. Yo no les contesto. No quiero que me vean así. Me pregunto dónde estará Cristina.

Tocan a la puerta de la casa. Espero que mi mamá no abra...

*Había una vez una niña que parecía un insecto que a su vez parecía una rama. La niña era flaquísima y muy elegante, y todos se emocionaban cuando la distinguían entre las ramas. Un día, la niña desapareció entre las ramas y ya nadie pudo encontrarla.*

### 30 de octubre

Ayer fue cumpleaños de Jaime. Fuimos todos a su casa. Jugamos verdad o reto y me tocó el reto de meterme desnuda a la alberca. Todos dieron vueltas a mi alrededor, como si me rindieran culto. Casi lloro de la risa. Bebimos ron y cerveza, y Cristina me enseñó algunas posturas de yoga. Raúl me invitó a salir. La pasamos muy bien.

Ya estoy mucho mejor. Peso 58. Ya no tengo que tomar los licuados de proteína. Ya no tengo los huecos en las manos. Mi mamá ya duerme bien y otra vez tenemos espejos en la casa.

Después de la fiesta de ayer, Cristina me invitó a su casa. Tiene una colección muy extraña de insectos en frascos. Dice que su favorito es el de la polilla. Es una pequeña polilla muerta en el fondo de un frasco. ¿Qué clase de persona colecciona insectos en frascos? Aunque, después de un rato de observarlos, creo que entendí la fascinación. Ahora que lo pienso, mi favorito es el insecto que parece una rama. Parece una rama. Una rama. **P**

# El fantasma de los días doce

Vick Medina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL NORESTE

—**S**igues tú —me dijo el hombre calvo de las gafas ridículas. Todos me observaron con minucia. Me sentí nervioso, con un miedo sobrecogedor. Había luchado tanto para olvidar esta historia que narrarla era algo insólito; sin embargo, no existía otra cura.

—Ocurrió un sábado por la noche —dije de forma tímida—, una noche fría, congelante, de esas que calan. Me encontraba solo, bebiendo whisky en mi casa con un ánimo cabizbajo.

”Debido al silencio dominante, muy cerca se alcanzaba a oír el ruido de las manecillas del reloj, ese sonido continuo, monótono, muy similar a la muerte. Levanté la mirada y vi la hora: quince minutos para las once. Comencé a pensar en el reloj, en el tiempo, en la ausencia.

”La quietud se interrumpió por un movimiento violento de la puerta de mi cuarto, se abrió por completo y súbitamente, con la misma violencia, se volvió a cerrar. No pude ver nada, todo estaba tan negro, tan oscuro. La negrura me había cegado toda la noche, pero alimentaba mis melancólicos pensamientos. Olvidé la puerta y su cerrar y abrir repentinos, al recordar la fecha: era 12 de diciembre.

—¿Qué tiene de particular esa fecha? —me interrumpió un hombre delgado de playera verde.

—Ése fue el último día que vi a Laura, mi esposa —contesté de inmediato—. Me gustaba llamarla así. En realidad no estábamos casados, sólo vivíamos juntos. Nuestra unión duró tres años; el primero fuimos felices, los demás fueron de constantes peleas, de buscar la libertad. Un 12 de diciembre se marchó.

”El caso es que estaba en casa bebiendo whisky, maldiciendo al tiempo y con pensamientos negros. Entre tantas cosas, el cansancio llegó y decidí ir a dormir. Un raro presentimiento anidaba en mí, me orillaba a imaginar que algo sucedería esa noche.

”Caminé del estudio al cuarto por aquellos corredores inundados de oscuridad. Escuché de nuevo el lamento que emitía el reloj: cada segundo, cada sonido que lanzaban las manecillas, caía en mí como un martillazo en el corazón. Entré a mi cuarto. La luz de la luna fusionada con la de los faroles alumbró tenuemente el espacio. Debido a esto, la habitación parecía cubrirse de una ligera capa plateada. Para mi sorpresa, descubrí a Laura recostada en la cama. Resaltaba con más claridad su sonrisa un tanto siniestra. Rememoré todos los momentos vividos con mi esposa, y cuando pude salir del trance, me sentí desconcertado. Olvidé las manecillas del reloj y su lamento. Me pregunté si la imagen ante mí era real o provocada por las altas dosis de whisky. Laura se levantó de la cama y, descalza, caminó hacia mí con pasos ligeros. Me abrazó. Experimenté un sentimiento afable, una gran calidez. Laura cargaba mi dolor en sus brazos. Enseguida me besó muy lento. Incrédulo ante lo que pasaba, también la besé. Con mis manos recorrí todo su cuerpo, ese cuerpo tan aprendido por mí. El éxtasis de los mejores tiempos regresó. Poco a poco, tumbados en la cama, Eros nos envolvió. El tiempo pasó, pero pareció detenerse, volverse infinito.

”La luz de la mañana me despertó. Me sentí frío, solitario. Observé alrededor del cuarto. Laura no estaba. Recorrí toda la casa, pero no había ningún rastro de

**Vick Medina** (Torreón, Coahuila, 1993). Estudió la licenciatura en Comunicación en la Universidad Autónoma del Noreste. Ha publicado artículos y reseñas literarias en el periódico *Entretodos*, así como algunos cuentos en las revistas *CantaLetras* y *YoEsOtro*, entre otras. Ha participado en diversos cursos y talleres literarios. Actualmente dedica su tiempo a escribir y es cateórico universitario.

ella. La tristeza invadió mi cuerpo y, con mayor severidad, la decepción. Concluí que todo había sido un teatro montado por mis fantasías. Me negaba a creer en esa hipótesis porque todo había sido tan real, tan nítido: los olores, su cuerpo, los besos. Y así transcurrieron...

—Tu historia está fuera de lugar. ¿Qué tiene que ver tu relato con historias de fantasmas y sucesos extraordinarios? —intervino, visiblemente fastidiado, el hombre calvo de las gafas ridículas.

—Al principio, esta historia puede parecer producto de mi imaginación o de unos cuantos tragos y de mis enormes ganas de reencontrarme con mi esposa. Yo pensaba igual, pero ahora que ha pasado tanto tiempo, no puedo atribuir estos sucesos al alcohol o a las fantasías de mi mente. Ésas serían unas explicaciones fáciles a una serie de apariciones que yo mismo he llegado a odiar —dije con firmeza; después respiré hondo y continué—. Seguido a mi encuentro con Laura o con el fantasma de Laura, sucedieron unos días sin grandes sacudidas, rutinarios. Mis actividades se reducían a ir de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, tal vez hubo alguna noche de insomnio que pasé viendo televisión. Transcurrieron los días, las semanas, y llegó el 12 de enero. Todo pasó con normalidad hasta que, cuando tomaba café y leía los encabezados del periódico, observé la fecha. Esta información entró en mi mente como un flechazo. Las manos me sudaban y mis nervios se encresparon. Comencé a caminar de un lado a otro como poseído por un demonio. Me recosté y traté de calmarme. El foco de la luz se apagó y todo quedó en penumbras. Al segundo, la bombilla volvió a encenderse y al siguiente se apagó. El macabro juego continuó



Sin título, plata/gelatina, 2016



por un rato prolongado, tanto que decidí ignorarlo. La tranquilidad regresó a mí poco a poco y el sueño empezó a vencerme. Alguien abrió la puerta de mi cuarto. No pude distinguir las formas por la completa oscuridad. La luz apareció y las formas de Laura se iluminaron; una extraña combinación de sentimientos abordó mi cuerpo, algo entre felicidad, desconcierto y amargura. La vez anterior no escuché a Laura decir una sola palabra. Esta vez la interrogué: ¿cómo estás?, ¿a dónde fuiste? Sin inmutarse, sólo sonrió y clavó su mirada en la mía. Acto seguido, me abrazó e intentó besarme, pero no la dejé y cuestioné otra vez: ¿dónde has estado todo este tiempo? No contestó, era como si no alcanzara a escuchar mis palabras, como si la única forma de comunicarnos fuera con miradas, caricias y besos. Su mirada embelesadora me dominó, volvió a abrazarme y a cargar mi dolor en sus brazos, a cargarlo con su silencio, y nos enredamos en besos. Su tez morena se mezclaba con la oscuridad y sus caricias parecían una extensión de las sombras. Laura era la noche.

”Después, completamente agotados, nos recostamos en la cama y Laura durmió en mis brazos. Sentí el poderoso deseo de dormir, pero me mantuve despierto. Quería asegurarme de que mi esposa no escapara de nuevo, cualquier intento de huida sería repelido. Transcurrieron las horas. Por la ventana se escurrió el primer rayo de luz de la mañana. Laura empezó a desvanecerse, como borrándose. Su imagen era cada vez más tenue, hasta que al final desapareció. Me sentí muerto. Mi cama era mi tumba. Todo arropo de esperanza se había ido.

”Las apariciones de Laura se hicieron constantes. Los días 12 de cada mes volvía a mi casa. Era un juego interminable, un laberinto sin fin del que no podía huir. Trataba de disfrutar el juego, disfrutaba de esa única noche al mes en que podía poseer a mi esposa. Al amanecer, cuando se iba, me invadía una cruda espiritual, un vacío insondable.

—Entiendo lo difícil que es que tu esposa se aparezca cada mes, a final de cuentas esta historia me pareció terrible —dijo el hombre delgado de playera verde.

—Debe de ser más difícil estar con el fantasma de la mujer que amas. Porque la amas, ¿verdad, Javier?

—comentó un hombre alto de voz fuerte que parecía conocerme.

Pero no contesté nada. Busqué una respuesta a la pregunta. No para él ni para todo el auditorio, sino para mí. La amaba, pero también la odiaba.

El salón se convirtió en un caos, en una caldera de voces entrecruzadas.

Así pasaron unos cuantos minutos y luego, entre el barullo, escuché a una joven que decía:

—Muy buena fecha para contar la historia. Hoy es 12 de diciembre.

El comentario me dejó atónito. Había pasado por alto la fecha. Eché el último vistazo al salón. Miré al hombre calvo de las gafas, al joven de la playera verde, al hombre que parecía conocerme, y después, con rapidez, escapé. Caminé hasta la casa. Estaba relativamente cerca, cuando mucho a un kilómetro; sin embargo, el camino se hizo interminable. Todo se encontraba en completa oscuridad, era como caminar con los ojos cerrados. En los pocos tramos iluminados, las sombras de los autos, de los árboles, me parecían tenebrosas, parecían hablarme.

Llegué a casa. Sospechaba que Laura estaría esperándome. No perdí el tiempo y rápidamente me dirigí al cuarto. Ahí estaba mi esposa. Con la sonrisa de siempre, que por un momento me pareció maligna. Se lanzó sobre mí y nos besamos con un ansia ilimitada. Acaricié mi cuerpo toda la noche, se convirtió en medusa, en orfebre. Esa noche sentí una desesperación diferente, ese día hicimos el amor con una añoranza anormal.

Ya acostados, mientras Laura dormía, me invadió un sentimiento de tristeza y desesperación inconmensurable. Sabía a la perfección que mi esposa se iría antes del amanecer y que al mes siguiente regresaría, incansable, infinita, muy parecida a la muerte. El sueño me venció.

Desperté muy entrada la mañana, examiné todo a mi alrededor y no me sorprendió descubrir que estaba solo. Me dirigí a la cocina para prepararme el desayuno. Cuando entré al comedor, quedé perplejo por lo que vi. Observé a Laura desayunando. Las mismas líneas, el mismo cuerpo. Era ella. De pronto escuché:

—Buenos días, Javier, te preparé el desayuno. ☐

# Pájaro migrante

Andrea Abarca Orozco

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM



José es un boleador guatemalteco de quince años. Lustraba unos zapatos a lo lejos cuando lo vi por primera vez. Me acerqué a él y le dije que fuera a mi casa porque le tenía un trabajo. Transcurrió media hora y escuché que alguien llamaba a la puerta. Salí y le dije que requería de sus destrezas en el calzado, pero algo sucedió: nos desviamos del tema, no sé cómo, y comenzó a relatarme su vida. Parecíamos grandes amigos. Le ofrecí un vaso de refresco. La conversación se extendió casi por una hora. Bajo el ardor del sol del mediodía, me confesó apenado que no sabía leer ni escribir. Aun así, está consciente de que debe trabajar para que al menos uno de sus siete hermanos vaya a la escuela, pues ni su padre ni su madre viven, y él y su familia tuvieron que mudarse a Talismán, en la frontera de México con Guatemala, para buscar empleo. Después de revelarme su tristeza, dio el último sorbo a su bebida y yo le pregunté si le podía tomar algunas fotos. Luego de haber capturado partes de su esencia, se marchó con la fragilidad de las cenizas y con esto comprobé que, con su breve visita, los pájaros migrantes aún pueden hacer del mundo un nido habitable.

Todas las imágenes de la serie: impresión digital, 14 × 21.5 cm, 2016

p. 45: *José*



*Mácula transitoria*

**Andrea Abarca Orozco** (Tuxtla Chico, Chiapas, 1991). Licenciada en Lengua y Literatura Hispanoamericanas por la UNACH. Cursa la maestría en Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus fotografías han sido publicadas en el portal de *Bloomberg LP News* y en la revista *Visor México*. Fue finalista en el 23° Concurso Latinoamericano de Fotografía Documental “Los trabajos y los días” (Colombia, 2017) y obtuvo una mención honorífica en la categoría de fotografía en el Concurso 48 de *Punto de partida* (2017). Aparece en varias antologías poéticas, tales como *Los hijos de la lágrima* (Cohuiná Cartonera, 2015), *Nueva poesía hispanoamericana del siglo XXI* (Lord Byron Ediciones, 2016) y *Universo poético de Chiapas. Itinerario del siglo XX* (Coneculta, 2017).



*Estelas de la piel*







*Soñar en la frontera*

# Cisma

Darío Roberto Islas Domínguez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

**E**l semáforo se movía. Pensé que podría ser mi imaginación, así que toqué el tubo de metal para cerciorarme y, en efecto, se movía. Miré hacia arriba. Una grúa de 300 kilos se erguía como un braquiosaurio sobre la ciudad y me pregunté cómo no se había caído con el gran terremoto reciente. Había pasado tres días sin salir de mi casa. Después de haber vivido el infierno (y en verdad se sintió así, pues, igual que en el Hades, cada uno lo vivió como una penitencia personalizada), el mundo había estado sumergido en un limbo.

A mí lo que me derrumbó fue la voluntad. Llevaba semanas sin beber nada y varios meses sin haber tenido una borrachera, pero cuando acabó aquel martes de inmediato me desboqué sobre el alcohol. Lo reconocí como una recaída porque no lo disfrutaba: tirado frente a la televisión, veía las noticias y cada que cambiaba de locación el reportero, yo le daba otro trago a la cerveza. A veces lloraba, las más sólo rechinaba los dientes, pero ni una sola vez me sentí bien mientras bebía. Aún no sabía lo que iba a pasar con mi empleo, pero era lo de menos: no tenía cabeza para pensar en estúpidos archivos de Word sobre asuntos que nunca me importaron. Sin embargo, deseé poder ir a la oficina, hacer algo que me sacara de la cabeza aquel horror; lo que fuera que me despertara de la pesadilla, pero nada lo lograba. El alcohol sólo me ayudaba a dormir para que un día se convirtiera en el siguiente.

Sonó el teléfono y escuché a mi mejor amiga. Había sabido de ella luego de un par de horas del evento porque me llamó de inmediato. Nunca temí por ella, sabía

que el temblor le habría tocado en su casa, donde rara vez se sentían aquellos movimientos, y aunque la encontré más horrorizada de lo que hubiera pensado, una vez que nos supimos a salvo nos olvidamos mutuamente. No me pasó más por la cabeza y, por el contrario, ella pensó en mí cuando hacía falta ayuda. Estuvo participando en diferentes centros de acopio y por esta razón terminó en Ciudad Universitaria. No la había visto ahí casi desde que la conocí porque aquella era su segunda carrera y la tenía un poco sin cuidado, mientras que yo buscaba terminar mi primera con un ímpetu obsesivo.

—Te va a hacer bien. Te vas a sentir mejor.

Reí sarcásticamente como siempre lo hago cuando considero que alguien dice una sandez. Ella es de esas personas amables que intentan toda la vida estar bien con el prójimo y consigo mismas. En su cara le decía que era ingenua, en mi cabeza pensaba en una palabra de tres sílabas. Se la pasaba ayudando a los perritos, al medioambiente, a sus amigos que se quedaban sin empleo intermitentemente, y también a mí me había dado de comer más de una vez argumentando cortesía, pero sabiendo que me ayudaba a salir adelante. En ocasiones me molestaba que fuera así. Siempre le daba el cambio que traía en la bolsa a las personas que se acercaban mientras tomábamos algo, y si no lo hacía o si no traía, se sentía mal, aunque no me lo dijera. Esto me provocaba enojo o desdén, o risa si me agarraba de buenas, pero ella lo seguía haciendo. Yo comprendía la razón: a diferencia de mí, es una buena persona.

Me sabía incapaz de ir a trabajar y de salir a cualquier otro sitio. Sólo hasta que me invitó, me pasó por

**Darío Roberto Islas Domínguez** (Ciudad de México, 1983). Pasante de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Obtuvo mención honorífica en el Concurso de Cuento de Ciencia Ficción de la DGDC-UNAM en 2016.

la cabeza que era sábado. Los fines de semana de por sí eran difíciles: en cualquier esquina estaban chavos con envases de vidrio café opaco riendo hasta la madrugada y tambores de lo que se supone era música sonaban a lo lejos por toda la colonia. Yo intentaba llegar lo más cansado que podía para dormirme enseguida; incluso tomé un segundo empleo para lograrlo, mas no siempre sucedía. Lo más que conseguí fue desarrollar una rutina donde dos cervezas luego de un turno en el segundo empleo eran suficientes para hacerme dormir hasta la mañana siguiente. Aquel sábado no sería así, y sinceramente me dio miedo. No podría cerrar los ojos en toda la noche, no sin estar de verdad perdido de borracho, y eso no era una opción.

—Ándale, acompáñame —dijo mi amiga sin saber que acababa de recordar la fecha, y entonces acepté. No supe para quién era el favor: si para ella, por la manera en que me insistía, o para mí, porque sabría que me hacía falta pensar en otra cosa.

Todo continuaba dándome vueltas. Pensé que era la resaca acumulada de tres días, pero la sensación era distinta. Sentía todas las vibraciones del mundo como si fuera una araña y mi red estuviera en toda la ciudad para alertarme. Oía hasta la alarma del auto más alejado de la calle, me percataba del tipo de motor que tenía cada uno cuando pasaba por el puro sonido de su andar. Cuando algo vibró más de lo que esperaba y me sujeté al semáforo, de inmediato vi que se trataba del metrobús cruzando sobre Eje 10. Me retiré de ahí porque supuse que en unos minutos pasaría otro y cimbraría de nuevo la calle. Cuando mi amiga y su novio me marcaron, yo ya estaba en el Oxxo, en la contraesquina, considerando

comprar algo para la cruda. No pude con la idea de tener que explicar lo que estaba bebiendo; por suerte sólo fueron unos minutos, pues de inmediato llegaron por mí. Detesto viajar en su auto porque, cuando voy en el asiento de atrás, siempre me siento como en un taxi y odio los taxis. Les dije que los veía en el mero sitio, al fin que estaba “cruzando Insurgentes”. Ella pensó que había la posibilidad de que me escapara, y tenía razón. Mientras entrábamos al Estadio Universitario hablamos sobre cómo nos había tratado el sismo, aunque en lo general ya lo sabíamos; yo no quería repetirlo y no pude hacerlo hasta meses después.

Al pasar el primer filtro se acercó un empleado de seguridad y nos dijo que no había espacio. El novio de mi amiga le preguntó dónde podría haberlo y, mientras le explicaba, pensé que parecía un día normal, como si fuéramos a un partido o a cualquier evento. Él hasta traía sus gafas oscuras, como lo hacía en los viajes de carretera hacia la playa, y esto más que tranquilizarme me dio horror. Horror porque no sabía si iba a poder sentirme normal otra vez. Mientras íbamos hacia el segundo estacionamiento casi no hablaba: me concentraba en tener los oídos abiertos.

Al llegar al sitio apenas había diez personas. Un tipo se nos acercó para preguntarnos a qué íbamos. El novio levantó la mano frente al joven que venía hacia nosotros, quien le recibió el saludo afectuoso. Mientras se saludaban, pensé —no sé por qué— que parecía un cadenero que nos recibía a la entrada de un antro. Mis amigos se fueron de inmediato a una carpa que tenía rotulada la palabra “Medicamentos” y comenzaron a clasificar pequeñas cajas blancas como si fuera lo más



Andrea, plata/gelatina, 2018

natural del mundo y lo hubieran hecho toda la vida. Entonces me percaté de que yo no sabía cuál era mi función en ese lugar.

Sólo estuve desorientado un momento porque de inmediato llegó una camioneta. El muchacho que nos recibió me tocó el hombro y me pidió tomar lo que el conductor bajaba. Poniendo la rodilla en el suelo, abrí la caja que nos acababan de entregar y separó los productos. Me dio algunas botellitas de alcohol y gasas, y se las llevé a mi amiga. Al recibirlas me sonrió de una

manera rara, como si fuera cómplice de una travesura. Todo estaba por empezar.

Eran las diez de la mañana, aproximadamente. Comenzaba a salir el sol y de pronto empecé a sentir hambre; pensé que sería buen momento para ir a desayunar. La línea que formábamos ya se extendía desde la avenida donde llegaban los automóviles con donaciones casi hasta la reja de metal del Estadio Universitario. El calor iba en aumento, mas todavía era soportable. Me quité la sudadera y la puse a un lado.



*Satia*, plata/gelatina, 2015

—Cuidado con la ropa —me dijo con sonrisa agradable. Su nombre era Ángel. Tenía un leve acento de otro estado, unos veinte años y una sonrisa dulce, casi melosa, que me hizo suponerlo cristiano—. No la dejes por ahí porque luego se la llevan —sonrió y tomó su lugar al frente de la fila.

“¿Se la llevan?”, pensé. “¿Cómo que se la llevan? ¿Quién? ¿A dónde?” Me interrumpieron los rumores de varios autos. Até mi sudadera al poste de la estación de medicamentos y recibí el paquete que me daba el chico. Volteé a ver la casita donde se preparaba la comida, pero tuve que aguantarme porque ya todos estábamos ocupados.

## II

No éramos héroes ni personas maravillosas, y yo menos que los demás. Simplemente éramos jóvenes haciendo

un trabajo honesto, ofreciendo lo que teníamos para dar: nuestras manos y tiempo, que considero muy valiosos pues hoy en día nadie te los regala. Y digo que no lo éramos porque después corrió la leyenda de que así era. Que los muchachos que participaron en la brigada de la UNAM eran héroes. Aunque creo que algunos sí, fueron pocos.

Los estudiantes de Enfermería; los de Veterinaria también; los de Arquitectura, quienes levantaron un censo; éstos fueron los grandes. Nosotros sólo estábamos cargando bultos una y otra vez. En el mejor de los casos con alegría, acompañados de nuestros amigos, y otros, sinceramente con el dolor de no poder hacer otra cosa.

A mediodía ya estaba lleno el lugar y entonces noté el microcosmos. Ángel, enfrente, organizaba a las personas para hacer el trabajo y compensaba su ineficiencia trabajando como ninguno. Luego de él estaba un muchacho con playera de fútbol de la universidad, seguido

de un joven muy tatuado con un chaleco de reportero, y yo después, al frente de una línea de todo tipo de personas. Había dos filas: una se llevaba los alimentos y la ropa; la otra, los productos de higiene y los de limpieza. Parecía una falla en el sistema porque todos hacían un trabajo igual: cuando llegaba un artículo pesado, hasta los niños lo pasaban con mucho esfuerzo y eso hacía perder tiempo. Vi entre la línea a un muchacho musculoso y le pedí que se llevara los bultos más grandes y con gusto aceptó. Dio dos o tres viajes cuando se le sumó otro igual de fuerte, pero éste parecía serlo naturalmente, mientras que el otro se veía ejercitado de gimnasio.

En menos de una hora ya había una tercera hilera de hombres fornidos luchando para decidir quién se llevaba el bulto más pesado, como si fueran cargadores de La Merced. Era sublime ver cómo aquella multitud funcionaba como un grupo de células en armonioso esfuerzo.

Siempre me ha parecido cursi el grito de “¡Goya!” No me gusta acudir a eventos deportivos, así que nunca lo había gritado. En los ires y venires acabé casi al lado del chico de playera auriazul, que invocó el primero del día. Un auto de lujo traía a una señora mayor de copiloto, a quien todos le brindaron el aplauso de rigor. Ella nos hizo callar para tomar la palabra:

—Gracias a ustedes, muchachos. Dios se los pague. Lo que hacen aquí no hay manera de agradecerseles —y comenzó a llorar. Sentí un nudo en la garganta. La doña levantó su puño izquierdo—. ¡Goya! —gritó, y todos respondieron de inmediato. Pensé que se me saldrían las lágrimas, pero pude contenerme de llorar y de decir ese ridículo himno que debió haber sido replanteado hace mucho, dado que el Espíritu Santo ya no habla por casi ninguno de nosotros (lo más seguro es que Ángel piense diferente).

Llegó entonces una *van* de color blanco y bajó lo obligado. Casi no intervine en la recepción: me saltaron porque me tocó una caja para separar artículos y me entretuve en esto. Al reportero le tocaron unas que no se parecían a ninguna caja que hubiera pasado antes por nuestras manos. Dejé mi puesto y me acerqué. Él venía hacia mí con esas dos cajas, sin dárselas a nadie más. Parecía medicina.

—¿Qué es? —pregunté. Miró las cajas como si no supiera lo que eran, y me informó levantando los hombros más resignado que alegre—: Diálisis.

Sabía poco de aquellos aditamentos, pero dos cosas eran seguras hasta para mí: que eran tremendamente caros y bastante frágiles. Cuando le entregamos las cajas al novio se hizo el barullo de inmediato.

Uno de los muchachos recién llegados sí estaba capacitado, pues estudiaba Medicina. Lo recibimos de inmediato, ya que su conocimiento era sumamente valioso, como pudimos constatar en el acto:

—Éstas, si no las refrigeramos, se echan a perder rápido —dijo.

—¿Qué tan rápido? —preguntó Ángel. Todos las observábamos como si la persona que necesitara aquello estuviera tirada frente a nuestros ojos.

—No sé. Horas, quizás.

Nos miramos unos a otros con desconcierto, pero el muchacho con porte de sacerdote sabía qué hacer. Se subió a la barda y levantó el puño derecho.

—Amigos. Amigos. ¡Escuchen! —ya comenzaba a enroncársele la voz por el uso y el calor—. Por favor —siguió—, pongan en sus redes que necesitamos un refrigerador. Un frigobar. Hielos, o hieleras con hielos.

Y en cuanto acabó de decir la frase, todos sacaron sus teléfonos. Recordé que nadie sabía que estaba ahí, así que le escribí a mis amigos en el chat.

Apenas estaba regresando a mi posición cuando llegó una camioneta como la que trajo el equipo de diálisis, pero algunos años más antigua y bastante más maltrecha. Entonces abrió sus puertas y mostró un frigobar. Dos musculosos fueron a recibirlo. Después llegó un camión de una empresa de hielos y dejó su cargamento completo, que sirvió para tomar refrescos helados y mantener el alimento fresco toda la tarde. En ese momento, al ver que se alejaba el que nos había traído el primer refrigerador, grité por primera vez en mi vida y probablemente por última, desde el fondo de mi corazón: “¡Pumas, Universidad, Goya...!”

Luego fui por fin a comer; había olvidado cómo saben los alimentos cuando te los has ganado con trabajo duro. Como en un bufet divino pude tomar todo lo que quise (por desgracia mi estómago es muy pequeño).

Para llenarme bastaron dos emparedados y un jugo hecho en casa. Cuando terminé, una de las señoras de la comida me jaló del brazo. Guiñándome el ojo, abrió una hielera y me mostró el dorado contenido: una bebida energética sabor mora azul. Aunque estaban reservadas para pocos, me dieron una.

Mientras bebía, vi la línea de voluntarios crecer. Según aumentaba la fila, alimentábamos nuestra hilera con recién llegados y sacábamos a quienes ya estuvieran cansados, pero nadie quería salirse. Yo andaba entre ellos preguntando:

—¿Quién quiere salir?

Peró nadie aceptaba, ni por error. Todavía no terminaba mi bebida cuando vi a una señora causando revuelo. Fui hacia ella.

—¿Qué está pasando?

La señora agitaba las manos mientras a retazos se explicaba. Tardé en entender no por lo que decía, sino porque no tenían sentido sus palabras.

—Llevamos horas esperando. No es posible.

Me le acerqué.

—¿Cómo que esperando? —dije, con el deseo de no haber entendido.

—Sí, es que mire: traje a mi hijo y a sus amiguitos para ayudar, pero nada más nos dicen que sigamos esperando y, mientras, otra gente que ni al caso ya está ayudando.

Era cierto: desde horas antes había demasiada gente, por lo que casi no llamábamos a nuevos, pero cuando era así podíamos darnos el lujo de escoger. Elegí a jóvenes que iban llegando, muchachos con ropa deportiva o preparados para el calor, no señores mayores y menos niños como los que acompañaban a la quejumbrosa. Me disculpé. Le dije que no podíamos hacer más, pero siguió levantando la voz. El calor ya era demasiado. No sé si debí hacerlo.

—Pues si no quiere esperar, puede ir a donde guste, señora.

Indignada, tomó de la mano a uno de los niños, quien ya comenzaba a ponerse rojo por el sol.

—Pero claro que me voy —rugió. Aseguró que se iba a quejar, aunque no supe con quién. La vi irse arrastrando a los pequeños como si los llevara lejos de un

parque de atracciones cerrado. Creo que fue el primer atisbo del cisma que vi.

### III

La tarde estaba en plenitud y yo tenía aún el estómago lleno. El líder se me acercó:

—Ven. ¿Cómo me dijiste que te llamas? —me preguntó Ángel.

Le repetí mi nombre y me llevó hacia la carpa principal, donde estaban dos señoras que anotaban cifras de lo que iba llegando, las cuales alcanzaban los miles. Nos presentó hablándoles bien de mi trabajo. Para mí, estar ahí era como cualquier empleo: tenía que hacerlo lo mejor que podía. Inyectado de adrenalina, trabajaba más duro que nunca en mi vida; hasta ahí quedaba mi aporte. La encargada me examinó con detenimiento. Llevaba una credencial de la universidad que la acreditaba como empleada, creo que de intendencia, pero no supe en dónde, nunca la había visto. Me dijo que a partir de ese momento me quedaba como encargado. Sacó un chaleco naranja que no quise usar, pero aun así me lo colocó por encima mientras yo veía la fila de autos crecer. Apenas acabó de decirme las indicaciones, regresé a mi sitio. A la primera oportunidad que tuvo me volvió a sacar de mi área.

Ángel me arrastró a la carpa de alimentos. Abrió una pequeña hielera sellada que estaba detrás de la mesa donde repartían las bebidas. Tomó una Coca mini y me pasó otra. La bebí disfrutando como si fuera una cerveza en la playa y nos quedamos en silencio. De dos sorbos la terminé y lo miré mientras bebía la suya. Seguía callado. Sólo quería que me comunicara lo que iba a decirme para poder seguir en lo mío.

—¿Qué pasó? —le pregunté impaciente.

—Nada —respondió.

Me quedé sin palabras intentando comprender. Entonces escuché que la fila me gritaba. Alguien necesitaba irse a su casa, o alimento. Miraba la línea como un perro que contempla a su amo cuando entra a una tienda y él se queda atado afuera.

—Calma —susurró como si leyera la analogía que me pasó por la cabeza y quisiera tranquilizar a su mas-



De la serie *Santa Muerte*, plata/gelatina, 2015

cota—. Sólo quiero —dijo con la condescendencia de un falso profeta— que les enseñes a trabajar por sí mismos. Mira: no vas a estar con ellos siempre, así que quiero que el día de mañana puedan estar sin depender de ti.

En otro sitio, en otro contexto, sus palabras hubieran sido hasta sabias. Si estuviéramos en cualquiera de los lugares en que suelo trabajar, le habría concedido la razón, pero ahí resultaba absurdo. Yo estaba de paso, y seríamos afortunados si al día siguiente no se necesitara que estuviéramos haciendo esto. Afirmé con la

cabeza como si entendiera lo que me decía, mientras él acababa su bebida. Aplastó pacientemente el envase y lo arrojó a la bolsa de reciclaje. Cuando me permitió irme, corrí como un can, ya sin la correa puesta, y retomé mi sitio en el trabajo.

#### IV

Vi muchas cosas en el poco rato que estuve, en quizás poco más de 24 horas. Pero así como una vaga mirada a la ola que choca en la costa, como una fotografía tomada a



De la serie *Santa Muerte*, plata /gelatina, 2015

la carretera puede mostrar —al ser agrandada— un escenario completo dentro de cuyos bordes se descubren miles de detalles, así fueron pequeños guiños que pude ver y en los cuales reconocía al universo cerrándome un ojo. Capturas de pantalla que más de uno tendrá en su teléfono y habrá olvidado, pero que yo siempre llevaré en mi cabeza. Latas de alimento para mascotas con perros y gatos dibujados por niños pequeños que, aunque dirigidos por sus padres, no demeritan la compasión en sus garabatos. Mensajes sinceros, sin afán de lucro moral, donde personas esperaban que aquel mensaje llegara hasta sus semejantes, sin ninguna razón más que la de levantarles el ánimo.

“Estamos vivos, y saldremos de ésta”, decía alguno, inscrito tal vez por alguien tan negativo como yo, pero que en la circunstancia pudo darse una breve tregua para creer. Como pequeñas conchas regadas en la playa cuando la tormenta se aleja, miles de estos momentos estuvieron ahí esperando a que alguien los tomara, y capturé uno para la eternidad.

Antes de que anoheciera un hombre llegó tan discretamente que apenas me percaté de él. Lo miré cuando ya se encontraba a unos pasos de mí y, al instante, la discriminación innata con la que había sido criado (no como perteneciente a este país o a un sector social, sino al género humano en sí mismo) hizo que lo encasillara

de inmediato. Pensé que era otra de las personas en situación de calle que habían ido antes. Varias personas se acercaron de esa forma:

—Escuchamos que estaban dando de comer —decían, y los dirigíamos hacia el sitio haciéndoles saber que esto no era dado por nosotros, sino por toda la comunidad.

Su sombrero de paja en medio de la ciudad, la camisa vieja —bien abrochada— y su mochila deportiva que contrastaba con su atuendo —aunque en lo percudido concordaba con el resto— me habían hecho creer que era otro pobre más que buscaba un poco de ayuda. Dando un salto me dirigí hacia él. En cuanto me vio, se descubrió la cabeza.

—Señor, ¿aquí están entregando la comida para los necesitados? —preguntó.

—Sí, señor —le contesté con sincero respeto.

Volteé hacia la carpa para ver si habría gente en la fila y calcular qué tanto tendría que esperar para comer y, cuando lo miré de nuevo, se había quitado el *backpack* de la espalda. Lo abrió y extrajo cinco latas de atún. Me ofreció tres y volvió a guardar las otras dos. Estaba entregando más de la mitad de lo que había comprado.

Todos ahí fuimos por nuestras razones personales y dimos lo que estaba en nuestras manos. Yo, miserablemente, el tiempo que me sobraba esa semana. Los de los autos, lo más que pudieron —y lo digo sin minimizarlo—. En efecto debió de ser un gran esfuerzo y les vuelvo a aplaudir el acto porque espero que haya ayudado a las comunidades a las que iba destinado, aunque —tengo que decirlo— sí vi más palas nuevas y colchonetas y sillas de ruedas en las casas de empeño luego de que hubo pasado el sismo.

Pero aquel señor, el Don así escrito con mayúsculas, estaba dando más de lo que todos nosotros habíamos aportado. Cerró su bolsa, se puso el sombrero y no dijo adiós. Me quedé helado. Cuando pude moverme, el señor con su andar lento ya había recorrido varios metros y un coche se acercó. Se escuchó el grito de que llegaba más ayuda, así que se acabó el silencio.

Al reanudarse la actividad, aún podía verlo alejarse por la avenida. Quise recompensarlo de alguna manera,

agradecerle como se hubiera merecido, y aunque sé que no le pasó por la cabeza, a mí sí el hecho de que con una cajita de las que ya había miles en las bodegas, su semana habría sido menos dura de lo que lo era normalmente... Pero él siguió su camino como si no hubiera hecho nada o como si sólo hubiera cumplido con su deber. Me quedé con esa enseñanza silenciosa el resto de la tarde, y me la quedaré toda la vida aunque no estoy seguro de entenderla cabalmente.

## V

Anocheaba, pero los autos no dejaban de llegar. La adrenalina que provocaba trabajar ahí era mucha, yo ignoraba que se sentía así ayudar a otros y comprendí por qué algunos se vuelven adictos a ello, pero esto no bastaba para pasar allí toda la noche. Ya se borraba el naranja del estadio. Mi amiga se había ido horas antes: ella llevaba toda la semana en el sitio e iría el día siguiente y yo aún no lo sabía. Los muchachos que venían de los estados se habían ido a dormir en las casas de campaña improvisadas para estar al otro día muy de mañana. Si seguía así, yo no me levantaría de la cama en tres días, pero no encontraba cómo irme porque yo no lo deseaba y, aunque nadie me necesitaba realmente, ya estaba trabajando con ellos de manera adecuada. De hecho, estábamos trabajando muy bien. Aquel sitio era tan bello que, por supuesto, teníamos que arruinarlo.

Llegaron tres muchachos que inmediatamente ubiqué como personas interesadas. No se formaron en la fila correspondiente, sino que empezaron a recorrer las tiendas como inventariando mentalmente lo que hacíamos. El único que los reconoció fue un joven de rastas que se había quedado en lugar del novio porque era pasante de Medicina o algo similar. Una vez que se introdujeron, comenzaron a cuestionarlo todo.

—¿Por qué había una tercera fila? ¿Por qué quienes integran las líneas estaban formados por tamaños?

El barullo se hizo de inmediato y las personas se preguntaban qué estaba pasando. Me acerqué para ver quiénes eran y enseguida me miraron el chaleco y hablaron hacia él exclusivamente.

—¿Y tú quién eres? —preguntaron.

Yo, como soldado, recité mi nombre, número de cuenta y facultad de origen, pero ninguno hizo lo mismo.

—Ángel me dejó encargado. ¿Y ustedes quiénes son? En lugar de responderme hicieron otra pregunta:

—¿Y quién es Ángel?

Comenzaron a discutir con la persona que se había quedado en lugar del de las porras, un muchacho muy gordo con facha de jugador de videojuegos profesional. Miraba a unos y a otros discutiendo, intentando comprender por qué era la pelea, pero no lo lograba. Entonces se acercó la señora del gafete. La muchacha que venía con los otros tres levantó la mano hacia ella y la saludó usando la misma pose, como si fuera el vigilante de un antro.

—Somos nosotros tres, ¿te acuerdas?

Entendí de inmediato. Cambiaron de forma la fila de los voluntarios y dos se quedaron peleando con mi grupo. Me quité el chaleco.

—¿Quién lo quiere? —pregunté al aire. La chica lo tomó, se lo puso e hizo con sus manos un megáfono diciendo no sé qué, porque de inmediato me marché. Cuando llegué a mi casa, abrí una cerveza y preparé algo rápido de comer. No había acabado la mitad de la lata cuando ya estaba desplomado en mi cama, y no desperté hasta el domingo después de mediodía. Fue la primera noche desde el 19 de septiembre que no tuve pesadillas; en su lugar, una deliciosa nada pobló mis sueños.

Al otro día, ya por la tarde, regresé con mi hijo. Sólo hice una mochila con cosas para donar y, como el señor de los atunes me había enseñado, di lo mismo que yo necesitaba y un poco más. Lo dejamos y vi cómo seguía en marcha la maquinaria. Cargamos cajas un rato y, cuando el calor se puso demasiado fuerte, nos marchamos. Me dio gusto y, tengo que admitirlo, un poco de nostalgia saber que ya había sido reemplazado tan pronto, pero en el fondo me sentía bien. Después de ese día ya no me tuve que emborrachar; eventualmente pude regresar a trabajar y, dentro de lo que cabe, a mi vida cotidiana.

En las noticias escuché que estudiantes, que alegaban ser de mi facultad, habían tomado el estadio porque “se estaba desviando la ayuda”. En todo el rato que estuve ahí no vi nada similar a alguna transa. Más de

una persona llegó para ofrecerse a llevar la ayuda hacia las zonas afectadas. Los miembros de Protección Civil le tomaban datos y lo canalizaban. En uno de esos viajes se fue Ángel en cuanto tomaron el estadio. Lo supe porque todavía me mandó mensaje mientras se iba: “Cuando vuelva necesito a alguien de confianza”, pero eso no sucedió porque enseguida se cerró el centro de acopio. A veces me pregunto si todavía tendrá mi número de teléfono. Y me pregunto por él.

Suspendieron las clases en mi escuela diciendo que era por el bien de quienes habían sido afectados por el sismo, pero en el estadio aquel día sólo vi a estudiantes de Medicina y Arquitectura. O personas totalmente ajenas a la Facultad. No recuerdo que los gramáticos o los historiadores hayan salido a ayudar. Por supuesto que lo hicieron; seguramente salieron a las calles, pero no con su carrera en la mano. Salieron como seres humanos nada más, no como estudiantes. En cuanto aquellas personas que alegaban ser alumnos tomaron el sitio y se corrió la voz, la ayuda dejó de llegar. Abrieron un grupo en Facebook para monitorear la situación, en el que me colé como compañero de la Universidad y al cual todavía estoy suscrito; llevan más de cuatro meses sin decir nada. Creo que eran muchachos bien intencionados que querían ayudar sin saber cómo, porque eso ya estaba haciéndose a pesar de las ridículas rencillas que conté. Mas de buena voluntad, dice el dicho, y con el afán de ayudar, lo arruinaron.

Hoy ya se nos olvidó a todos. Como sigo sintiéndome mal, de cuando en cuando tengo pesadillas al respecto y voy por la vida preguntándoles a las personas cómo les fue; si no perdieron a alguien, cuentan una anécdota como de una fiesta mal realizada. Me da algo de pena hablar de esto porque, en el fondo, yo no perdí nada en el terremoto. Incluso me atrevo a decir que gané, porque conocí a muchas personas y aprendí muchísimo de la naturaleza humana, pero sobre todo de mí mismo. Tengo mucho que reprocharnos. Ellos y yo, en el fondo, somos horribles, pero nada de lo que vi ni veré en el futuro me quitará este día en el que, por un momento, fuimos amigos. Ayudamos. Nos dimos la mano. Todos éramos uno. ♣

# Del regreso a casa. El Espinal

Emiliano Trujillo González

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

*Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.*

Julio Cortázar, “Casa tomada”

La casa de mis abuelos paternos quedó irreversiblemente fracturada. Ahí, en su patio, celebré mi primer cumpleaños. Pérdida total. Números rojos pintados en su fachada la condenan a la demolición. Algunas casas no parecen estar dañadas; guardan su destrucción por dentro, sus daños son un secreto vedado a la calle. Pero la de mis abuelos no: está visiblemente destruida. Después del 7 de septiembre, Roberto Trujillo, mi abuelo, dormía en su hogar, a pesar de todo; después del 23 dejó de hacerlo, pero aún acude cada tarde a encender las luces, luces que alumbran la casa de enfrente, casa que es el reflejo de lo que pronto será la de mis abuelos: escombros. Esa casa, espejo del porvenir de muchas otras, fue una de las pocas construcciones en El Espinal que sucumbieron sin tregua ni aviso la noche del 7. Colapsó casi al instante, dejando a sus habitantes (una pareja y su hija) enterrados.

Esa destrucción fue, para mí, la primera noticia del infierno desatado. Yo me encontraba en la Ciudad de México con mi hermano y un tío paterno. Tardamos una eternidad en salir a la calle; salimos y el movimiento aún no cesaba. Vimos luces en el cielo que cerca estuve de interpretar como una señal del fin del mundo. Se fue la electricidad, pero pronto regresó. Paralizados aún, mi hermano descubre que el epicentro del sismo fue en Chiapas, en el pueblo de Pijijiapan. Eso está cerca de allá, nos decimos mi hermano y yo. Con un miedo

presente pero aún lejano a la desesperación, marcamos a nuestra casa, a Mamá, a Papá, a Tía. No entra la llamada. Finalmente, nuestro tío logra comunicarse con su otro hermano (no nuestro papá), y mi hermano y yo nos callamos para escuchar lo que del otro lado de la línea sucede. ¿Es Tío Jorge? ¿Está llorando? Escuchamos juntos cómo su voz vidriosa dice “la casa de enfrente se cayó” y el miedo cae con sus toneladas de desesperación sobre nosotros y yo me imagino mi casa en ruinas y la de mis abuelos y lloro, lloro, lloro, hasta que logro comunicarme con Concepción, mi madre, y sé que todos están bien, aunque el terror invade su voz.

\*\*\*

Genaro González Enríquez recibe la mañana del 8 de septiembre como un alivio: la pesadilla nocturna desaparece momentáneamente con la luz del nuevo día; el final de un mal sueño abre paso a la felicidad de saberse despierto, sobreviviente.

*Podía sentir que la tierra se abría. Y el sonido, ese sonido horrible. Claramente veía el sonido de una inmensa grieta que acaba con todo a su paso, acercándose a nosotros. Podía verla, podía sentir su llegada.*

Tras el estupor, llega el deseo de reconocer, de dimensionar la magnitud de la catástrofe; develar lo que la noche cubría. El Espinal no está tan lastimado. Los derrumbes inminentes se pueden contar, aparentemente, con los dedos. Lo sabe porque ha visto fotos: Carlos, su primo hermano y vecino, salió en la noche a fotografiar los

**Emiliano Trujillo González** (El Espinal, Oaxaca, 1995). Estudia la carrera de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

lugares quebrantados, los espacios donde la tragedia es innegable. Los rumores, las palabras incesantes que el pueblo dice para llenar el silencio dejado por el rugir de la tierra, hablan de Juchitán: el Palacio está en ruinas, ya no hay mercado, hay un muerto y múltiples heridos en el Bar Jardín, la iglesia de San Vicente Ferrer está al borde del colapso, varios hoteles se vinieron abajo, gente atrapada, al centro y a sus alrededores los cubre una espesa nube de polvo.

Genaro va rumbo a la tierra que los rumores construyen y destruyen. Allá tiene su librería: El Faro. Allá están también los recuerdos de su primera infancia. Va en coche con su familia, su madre y sus dos hermanas. Desde la entrada a Juchitán (ese pueblo que ha crecido hasta convertirse en ciudad), a Genaro no lo abandona un pensamiento: esto parece una zona de guerra. Avanzan con lentitud por los caminos donde el escombros no le ha robado demasiado espacio a la calle, mirando las escenas enmarcadas por las ventanas del coche: negocios destartados, fachadas caídas que dejan al descubierto la intimidad de las casas, la pizzería donde antaño celebraban los cumpleaños reducida a nada, al vacío. La mente de Genaro se acelera. Está seguro. Está completamente seguro: El Faro ya no existe. Doblan por Efraín R. Gómez, la calle de la librería. Lo que ve confirma sus temores: múltiples montones de escombros se acumulan dispersos a lo largo de la calle. Se estacionan. Genaro camina. El Banamex está destruido. El Santander también. Lo mismo la inmensa casa de María La Loca. La pollería de la esquina es nada más que polvo. El Faro sobrevivió a la tormenta. También Las Espumosas, la cantina de enfrente. Los dos únicos sobrevivientes de la calle.

Genaro abre El Faro. Es la mañana del 8 de septiembre, y en el resto del día, un día desolado que se afantasma en su escombros, sólo logra vender un libro: *Pedro Páramo*.

\*\*\*

Hermas Toledo observa desde su hamaca un partido de béisbol que dan en la tele. La hamaca cuelga sostenida por dos árboles medianos; a su lado, otros tres viejos espinaleños acompañan a Toledo para disfrutar juntos del que tal vez sea el deporte más famoso en este pueblo. “Si algo se puede rescatar de todo esto que dejó el terremoto”, me dice Hermas cuando se van a comerciales, “es que la gente se reúne más, así como lo hacían antes”. El partido termina: los Dodgers le ganan tres carreras a una a Arizona, y Hermas trae orgulloso desde su casa una pelota autografiada por Fernando Valenzuela. Me la muestra.

*Aquí siempre ha temblado. Siempre, desde que yo era joven. Aquí estamos acostumbrados, hasta decíamos que los temblores nos eran útiles pues nos avisaban de los cambios del clima, anunciaban que o ya venía la época de lluvias o ya se acababa. Mirábamos al cielo. En ese cielo y en las nubes podíamos encontrar señales de que iba a temblar y de que pronto se iban a soltar las lluvias. Eran avisos importantes, sobre todo para los campesinos, y yo era campesino, por eso miraba mucho al cielo. Pero cuando temblaba eran temblores pequeños, momentáneos. Temblaba y la gente al rato lo comentaba, a la hora de la comida o a cualquier hora. “Hoy*



Sin título, plata/gelatina, 2017

*tembló, ¿no? ¿Lo sentiste?” Lo platicábamos y ya, pasábamos a otra cosa, a otro tema. Pero esto es diferente. De este temblor se sigue hablando, sigue estando ahí, en medio de todas las pláticas. Hasta parece que de lo único que se puede hablar es del temblor. Y es que esto fue un terremoto. Yo tengo 77 años y nunca había vivido algo parecido. Por más que estuviéramos acostumbrados a los temblores, esto fue diferente. En la noche, a la hora de la sacudida, salimos al patio como pudimos, pero era muy difícil porque no podíamos mantenernos de pie. Yo ya estoy grande, además, y tengo problemas con mis piernas. Quería encontrar un lugar de donde sostenerme, pensé en mi árbol, pero estaba todo oscuro y no supe encontrarlo. No supe tampoco dónde estaba mi bastón. Al final terminé sosteniéndome de mi nieta, de Natalia. Duró muchísimo. Me acuerdo de una de las primeras*

*cosas que dije cuando todo acabó. Se lo dije a mi hija: “Quién sabe dónde fue el epicentro, quién sabe qué pobre pueblo quedó destruido.” Lejos estaba en ese momento de saber que ahora nos había tocado a nosotros, que aunque no fuimos el epicentro sí nos destruyó. A Espinal no tanto, pero sí a Juchitán, a Ixtaltepec, que están bien cerca de aquí.*

*Fue la réplica del 23 la que yo creo le pegó bien fuerte a Espinal. Sobre todo en el miedo. La réplica del 23 sacó al pueblo a la calle. Hasta entonces todavía había un poco de confianza de entrar a la casa, de dormir adentro. Yo ahorita mejor me duermo en el patio, y muchos así le están haciendo. En la réplica del 23, que fue temprano, como a las siete o a las ocho, yo ya estaba despierto, caminando cerca de mi árbol. El movimiento me tumbó, y esta vez no encontré fuerzas para mantenerme de*



*Veo / No veo*, plata/gelatina, 2012

*pie, no encontré dónde sostenerme. Mi hija me ha dicho que me ve viejo, como si la edad se me hubiera venido encima en estos días.*

\*\*\*

La Virgen del Rosario es la santa patrona de El Espinal, y las fiestas que se hacen en su honor atraviesan varios puntos del año. En julio se elaboran las velas de cera que más tarde reaparecerán en las muchas festividades del pueblo: en las calendas, en las misas, en el paseo de flores, en los bastantes bailes. Hay que decir que los días de su manufactura son también días de fiesta. Cada pueblo de la región tiene su propio santo patrono, y cada santo tiene, a su vez, un mes en el que se le da la bienvenida en los primeros minutos.

En El Espinal es en octubre. Los primeros minutos del mes ven cómo el cielo se llena de cohetes atronadores que, más que iluminar la noche, plagan de ruido las casas espinales. Para el primero de octubre, el pueblo estaba ya cargado de suficiente ruido; los cohetes igual tronaron, un poco más tímidos, avergonzados tal vez de ser allá arriba un recordatorio del ruido que se desató el día 7 allá abajo.

El terremoto trastocó la esencia de la región. Agrietó la algarabía, canceló con sus fracturas y derrumbes las fiestas de los pueblos. Las opiniones en Espinal se dividen: algunos quieren que las fiestas se lleven a cabo, como una manera de hacerle frente al triste terremoto con la alegría del baile; otros prefieren guardar el luto colectivo por los de aquí y por los de los otros pueblos, conscientes de que a las festividades de unos asisten invitados

de los otros. La autoridad municipal emite entonces el comunicado que pone fin a la polémica: se prohíben las fiestas, se aconseja evitar la aglomeración de personas en un mismo punto, las condiciones no son las óptimas.

Los días 10, 11 y 12 de octubre se encontraban en el calendario como fechas para celebrar la calenda, el paseo de flores y las mañanitas a la Virgen. Aquel calendario, planeado desde hace mucho tiempo, no contemplaba el porvenir del terremoto, la funesta fecha: 7 de septiembre de 2017. El comité encargado de las festividades, cambiante y elegido con anticipación de al menos un año, decide realizar dos de esas actividades, prescindiendo de la calenda por su carácter esencial y eminentemente festivo. Luis Manuel Matus Cruz, el mayordomo este año, escribe y distribuye el siguiente mensaje del comité:

*Paisanos y paisanas, no son tiempos de festejo, son tiempos de unidad y solidaridad con los que lo perdieron todo, y es por esto que hemos tomado, de manera consensuada, la decisión de llevar a cabo los eventos de los días 11 y 12 de octubre, con toda la sobriedad que amerita, pero también con todo el respeto y veneración a nuestra Virgen del Rosario, madre y patrona de todos los espinalenses.*

El paseo de flores comienza a las cuatro de la tarde el día miércoles 11 de octubre, como estaba pactado. Arranca siempre en la casa del mayordomo, en este caso en la de Luis Manuel. Ahí se reúne Luis con algunos de sus familiares más cercanos (algunos otros se fueron del pueblo tras la réplica del 23), que cargan las velas elaboradas en julio, diez muchachas vestidas de traje regional que llevan en sus manos canastas de arreglos florales, y las *Guzaana gola*:<sup>1</sup> el comité encargado de observar que las tradiciones se realicen como *deben ser*, integrado comúnmente por miembros destacados de la comunidad católica, por gente grande, gente que conoce.

Todos los años, el paseo reúne en su recorrido a una enorme cantidad de espinalenses, una multitud andante

<sup>1</sup> *Guzaana gola*: Mujer principal, miembro antiguo de una Vela (fiesta religiosa). Vocabulario de la lengua zapoteca del Istmo (*Diidxazá*).

de cientos de personas que van por las calles deteniéndose en las cinco capillas de Espinal (San Judas, San Marcos, San Lucas, San Juan, San Mateo), donde la gente que aguardaba la llegada de las velas y las flores se va sumando a la masa del paseo, agigantando el grupo y poblando la calle. Todo culmina en la iglesia del Rosario, la iglesia del pueblo, donde se realiza una misa en honor a la Virgen.

Que el recorrido inicie conformado sólo por los que deben estar ahí, sólo por los que se comprometieron hace tiempo, es apenas la primera sospecha de lo que más tarde será evidente: jamás se había visto un paseo de flores tan vacío, tan ausente. Serpentean las calles del pueblo, deambulando con lentitud. Llegan a la primera capilla, San Judas. Dos de los acompañantes del mayordomo revientan sendos cohetes de carrizo, y ni el ruido de ambos alzándose hacia el cielo logra despabilar al pequeño grupo de personas que ahí se encuentra. En San Judas, donde pocas personas esperan y nadie acompaña, donde nadie se une al paseo cuando éste se va: acción que se repetirá sin excepción en las cuatro capillas restantes.

La única música que el paseo regala a los oídos del pueblo es el sonido uniforme y repetitivo de los zapatos topándose con el piso. Todos los años, la banda musical acompañaba al paseo de flores interpretando las canciones propias del recorrido: “Los plateados”, “El son Calenda” y, sobre todo, “El son de la Virgen del Rosario”. Ahora el silencio con el que avanzan las flores y las velas hechas desde julio acentúa la ausencia de entusiasmo con la que el paseo desesperadamente busca llegar a la iglesia del Rosario.

Como las cinco capillas están ubicadas en diversos puntos del pueblo, abarcándolo casi en su totalidad, el recorrido del paseo es también un encontrarse de frente con la realidad cuarteada de Espinal, y así uno sorprende a los acompañantes de Luis y a Luis mismo alzando la vista para ver un espacio vacío, ahí donde la memoria tenía construido algo en concreto.

Finalmente llegan a la iglesia. Ahí unas veinte señoras mayores esperan sentadas en sillas de madera. Están afuera del templo, en el patio. Delante de ellas, la iglesia exhibe en la cima de uno de sus dos campanarios

una cruz ladeada que aparenta estar a punto de caer. Su fachada muestra dos o tres cuarteaduras que advierten a los feligreses de no entrar en su templo. La imagen de la Virgen del Rosario es la protagonista del paisaje; la sacaron de la iglesia para ponerla al centro de la misa, que se efectúa sin sobresaltos en esta tarde espinalaña en la que el pueblo parece un pueblo fantasma, apenas avivado por el ruido de unos cuantos cohetes.

Puedo imaginarme a las *Guzaana gola* conversando entre ellas, al final del día, sin saber muy bien si la tradición se encarnó en su tierra como debe ser.

\*\*\*

Genaro González Enríquez y su familia se sientan a desayunar la mañana del 23 de septiembre. Es temprano. La mesa está repleta de tamalitos de elote, crema, camarones, totopos, café y pan. Algo los interrumpe, algo detiene el ritual matutino tantas veces realizado en aquella cocina. Está temblando, es una réplica más. Al menos eso parece. Dudan en salir o quedarse sentados, entonces vuelve a hacerse de noche y Genaro y su familia corren hacia el patio y descubren asustados que no, que afuera es de día, que las pesadillas también ocurren a plena luz, que el terror nocturno de aquella maldita noche del 7 está de vuelta aquí, en todo su esplendor.

*Eso fue demasiado. Ahí me di cuenta de que no iba a poder seguir viviendo aquí. Volver a vivir ese susto de muerte, pasar otra vez por el miedo cuando apenas estás tratando de regresar a la normalidad. Apenas dos noches antes habíamos tomado la suficiente confianza para regresar a dormir dentro de la casa. Pero después del 23 yo ya no aguanté. Entre todos decidimos irnos, ese día tu papá saltó rumbo a Oaxaca para verlos a ustedes. Decidimos irnos con él. Era demasiado. ¡Y no dejaba de temblar! Cada dos minutos temblaba, ¿qué es eso? ¡Eso no es natural, no está bien! Parecía una broma, un chiste, como si alguien se estuviera burlando de nosotros: no podíamos entrar a la casa, entrábamos y se cimbraba. Saltamos, esperábamos un rato y veíamos que no temblaba, entonces agarrábamos valor*

*y volvíamos a entrar y temblaba otra vez. Era un chiste, en serio. No sabía bien si reír o llorar. Pero teníamos que entrar a la casa, recoger algunas cosas, no podíamos irnos a Oaxaca sin nada. A mí me dio tiempo de tomar algo de ropa, mi cepillo, mi teléfono y mi Biblia. Aunque de verdad no daba tiempo para hacerlo todo de una vez porque temblaba cada dos minutos. Mis nervios estaban alterados y también tenía hambre. Cada vez que entraba a la casa veía la comida que dejamos en la mesa y me daba mucha tristeza. Cuando salimos de la casa a la calle, para ya irnos de aquí, vi a “Oso”, el vecino de enfrente. Su casa es de tres pisos y se dañó gacho desde el 7, habían estado durmiendo en su patio y con lonas. Lo vi asustadísimo, como nunca. Tenía lágrimas en sus ojos aunque todavía no lloraba. ¿Te imaginas? Estás ahí y tu casa de tres pisos se te puede venir encima en cualquier momento, en cualquier réplica.*

*Íbamos en el carro y yo sentía que en los lugares por donde pasábamos se iba abriendo la tierra, como en una de esas películas de desastres. Cuando pasamos por Tehuantepec me sentí muy raro por todo lo que veía desde la ventana: nada. La gente estaba completamente normal, demasiado normal. No podía creer que yo estaba viviendo el miedo más grande de mi vida y que toda esa gente estuviera como si nada, yendo al mercado, comprando fruta, subiéndose a un mototaxi. Era como si en Tehuantepec no hubiera pasado nada. Yo me iba acordando de mi casa y de la mesa con toda esa comida que habíamos dejado, listos para desayunar.*

*Cuando salimos de Tehuantepec y entrábamos a la carretera que nos lleva hacia Oaxaca, yo rompí el silencio en el que me encontraba, y le dije a mi familia: “Voy a llorar.” Y lloré todo el camino, todo, hasta llegar a Oaxaca.*

Sólo un motivo provocará que Genaro y su familia regresen de su exilio: su cita con un entierro.

\*\*\*

Lirio Alba habría regresado a su casa a morir si el terremoto no se hubiera arraigado en esta tierra. Ante la inminencia de la muerte, ése fue su último deseo: regresar a



*Nomozón*, plata/gelatina, 2017

El Espinal y desaparecer ahí. El viaje estaba previsto, pero fue postergado una y otra vez ya no sólo ante el suceso del 7, sino después de constatar que aquél continuaba extendiendo sus sombras día tras día.

La enfermedad fue para Lirio y su familia el peor de los desastres, más allá de los sismos, más allá de los tiempos cimbrados. Se encontraba desde hace meses en Veracruz, recibiendo tratamiento médico para combatir el cáncer. Lirio entraba y salía del hospital, pero

la mayor parte del tiempo la pasaba en la casa veracruzana de uno de sus cinco hijos. La noche del 7 la encontró dormida, casi ausente: ni el fuerte movimiento telúrico la arrancó de su sueño, un sueño que encontraría su fin el 14 de octubre por la tarde.

El domingo 15, Lirio retorna a su casa en coche acompañada de su esposo y sus cinco hijos, que desde Veracruz vienen cuidando el cuerpo de su esposa y madre. En El Espinal, en el umbral de la casa Alba, los

demás familiares y conocidos esperan su llegada; todo está preparado: las sillas de madera, los tamales, los arreglos florales, la caja fúnebre. Cuando llegan, se desata un estruendo más doloroso que el estallido nocturno del 7: el grito de una de las hijas de Lirio, que desafortunadamente llora; lo único que quería su madre era retornar a su tierra.

Durante el velorio, las mujeres se encuentran dentro de la casa y próximas al ataúd rodeado de flores; los hombres habitan un amplio círculo de sillas colocadas en el patio, donde hace más de un mes Genaro y su familia rezaban por sus almas. Ahí se escuchan las voces y murmullos que pasan de recordar a Lirio a decir lo único que últimamente se puede decir en estas tierras.

—*El 7 fue horrible, pero para mí lo peor fueron las réplicas del 23, porque no dejaba de temblar y llegué a imaginarme mi vida así, siempre temblando.*

—*No puedo creer lo que sucedió. ¿Por qué aquí?*

—*Yo pienso que el terremoto del 7 sí pasó, pero que todas las réplicas que vinieron después no son réplicas sino explosiones: han de estar dinamitando los cerros de Comitancillo e Ixtepec en busca de oro, porque dicen que ahí hay oro.*

—*Yo escuche que está naciendo un volcán en Nizanda.*

—*Salí a ver los pueblos. Juchitán es Hiroshima... Ixtaltepec es Nagasaki.*

—*¿Cuánto tardaremos en reponernos?*

—*Estaba en mi casa allá en Juchitán y me quedé dormido viendo la tele. Todo se movió y escuché un ruido horrible, no entendía qué estaba pasando. Vivo solo, mi esposa murió hace dos años, pero mi hija vive con su esposo y mi nieta aquí, en Espinal, a dos cuadras. Cuando la tierra se detuvo, corrí a mi carro y manejé tan rápido como pude para acá, quería saber si mi hija y mi nieta estaban bien. Salir de Juchitán fue un problema, todo era un caos y estaba oscuro, las luces de mi carro iluminaban todo. Llegué a Espinal asustado por todo lo que había visto, pero el miedo más grande fue ver la casa de mi hija totalmente destruida. Nadie murió, gracias a Dios, pero todos quedaron muy lastimados, estuvieron en el hospital y todavía se recuperan.*

“¿Dónde está la casa de su hija?”, le pregunto a Javier, el dueño del último testimonio. “Sobre esta misma calle, a dos cuadras, enfrente de la casa del ingeniero Trujillo.” Y en ese momento pongo rostro y nombre y contexto al primer avistamiento que tuve del infierno desatado en mi pueblo.

\*\*\*

Las calles de Espinal nos ven caminar la mañana del lunes hacia la iglesia de la Virgen del Rosario. El patio está lleno, son las ocho de la mañana y la misa transcurre fuera del templo con la interrupción de los llantos y una leve réplica que nos abre a todos un paréntesis de alerta en medio de la tristeza.

A la marcha fúnebre se le une la banda del pueblo en el momento en el que salimos de la iglesia rumbo al panteón. Interpretan “Amor mío”, de Álvaro Carrillo. Mientras camino, una escena de mi infancia acude a mi mente: me acuerdo de Gaspar, el esposo de Lirio, dando vueltas por el patio de su casa, vestido de guayabera blanca y pantalón de lino café, silbando una melodía extraña a mis oídos que sin embargo me agrada. Jamás olvidé esa música, y hoy la reconozco en los instrumentos que acompañan el último recorrido de Lirio por las calles de su pueblo.

El derrumbe emocional comparte escenario con el derrumbe físico de algunas de las casas que se encuentran de camino al panteón. Llegamos. Descubro que el panteón sigue en pie, que sus coloridas casas mortuorias resistieron con dignidad aquella noche. Sólo su entrada principal está lastimada, y como ésta incluye el techo que da protección a los féretros que se preparan para escuchar las últimas palabras que los familiares y los amigos tengan que decirle al difunto, el ritual se realiza afuera del panteón, en la antesala de su llegada.

Avanzamos por ese laberinto de senderos que es el panteón. Nos detenemos frente al vacío abierto en la tierra. “Amor mío” suena más fuerte que nunca, mientras el ataúd baja lentamente hacia su última morada, hacia el encuentro último de Lirio con su pueblo. ❶

# Esquemas

Alejandra Mayté Ibáñez González

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM



*Naturae*

Todas las imágenes de la serie: tinta/papel, 21.5 x 14 cm, 2017

*Spiritu*



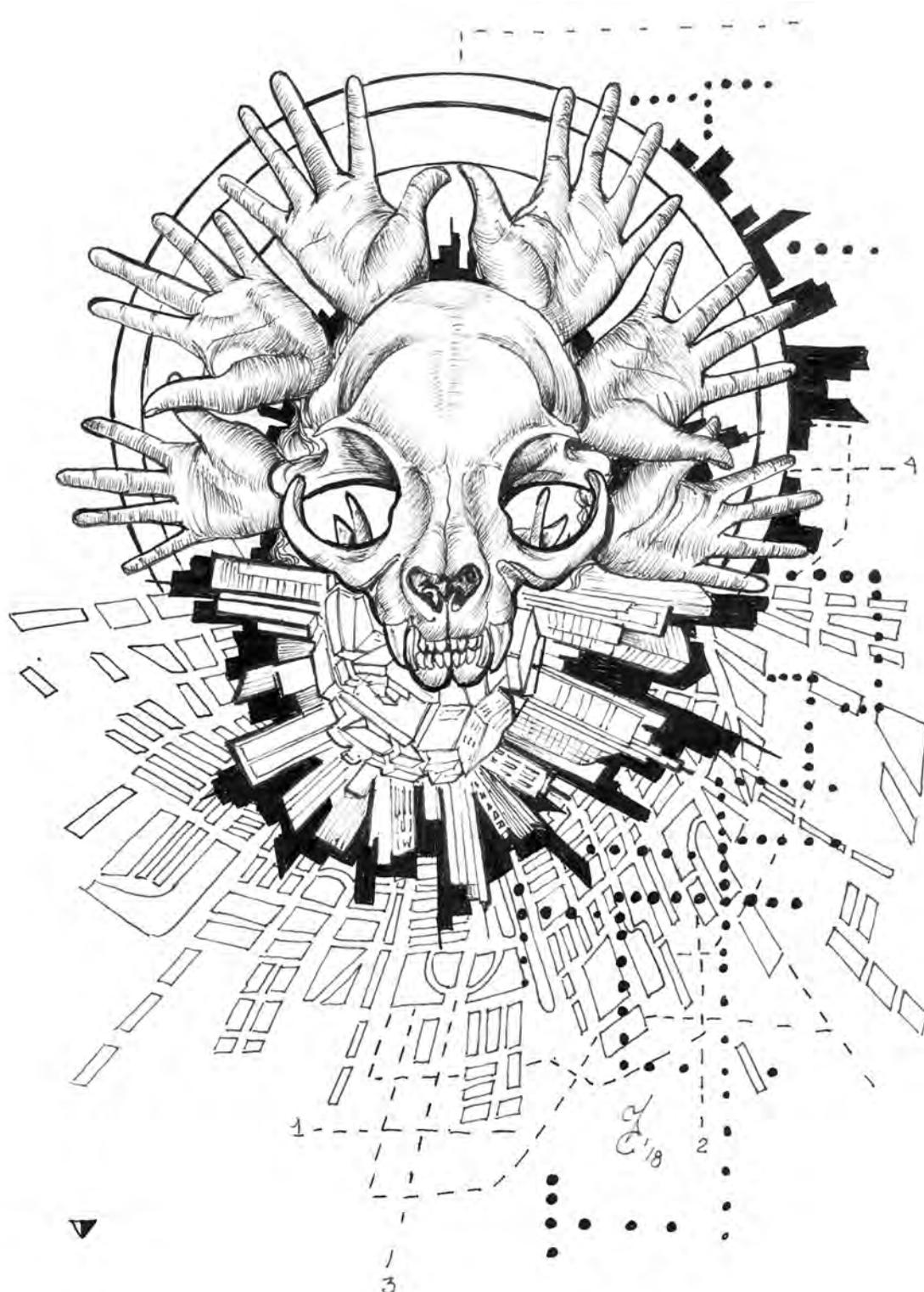
**Alejandra Mayté Ibáñez González** (Ciudad de México, 1985). Egresada de la licenciatura en Artes Visuales y de la maestría en Artes Visuales, orientación Gráfica, por la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Cursó una tutoría de perfeccionamiento calcográfico, xilográfico y planográfico en el Centro de las Artes de Guanajuato, y el diplomado en Ciencia y Neurociencia para el Arte y el Diseño en el Instituto de Investigación en Comunicación y Cultura. Ha participado en las siguientes exposiciones colectivas: *Diversidad de la figura humana y Visiones transitorias* (Contraloría General del Distrito Federal, 2004 y 2006), *A través de sus ojos* (Delegación Gustavo A. Madero, 2007), *Estampa, pintura y escultura* (Asociación Mexicana de Grabadores de Investigación Plástica, A.C., 2010), *Naturaleza urbana* (Jardín Botánico del Instituto de Biología de la UNAM, 2012) y *Gabinete de monstruosidades* (Museo Casa Diego Rivera, 2014). En 2017 presentó su exposición individual *Construcciones* en la Universidad Tepantlatlo.

Anima



*Mater*





*Ratio*

# Elizondo en China

Pierre Herrera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA

## Martes 6 de agosto de 1963

Ayer fui inesperadamente invitado a un congreso de caligrafía en China. Por supuesto, he aceptado. Llamé a Michèle para invitarla. Dijo que no.

## Miércoles 7 de agosto de 1963

Michèle se siente mal, al menos eso argumentó. Tal vez en parte es mi culpa por no llamarla antes, no lo sé. El viaje a Pekín será en diez días. De verdad me habría encantado que fuera conmigo.

La invitación vino de la Embajada China en México. Se reunirán investigadores con diversos enfoques culturales, en especial se hablará de la filosofía de su escritura. Siento como si el evento hubiera sido creado especialmente para mí; aunque también asistirá un compañero del Colegio. Él no estudia chino pero trabaja temas de política y economía exteriores. Me dijo que existe la remota posibilidad de que China en cincuenta años sea una potencia mundial, tan o más importante que Estados Unidos; sólo me parecería verosímil debido a un notorio crecimiento poblacional.

Los chinos se reproducen a una velocidad infinitamente mayor a la velocidad con la que sería posible matarlos mediante cualquier arma conocida. Actualmente son setecientos millones. Dentro de veinte años habrán doblado esa cifra. Dentro de cincuenta años se habrán apoderado de Occidente. Y ese avance no puede ser detenido.

## Sábado 10 de agosto de 1963

Acabo de recibir una llamada de Sergio. Recién estuvo en Pekín en febrero; ahora está en Varsovia afinándose en la embajada. Platicamos sobre el país que visitaré por más de quince días. Me contó que, cuando él estuvo allá, varios intelectuales emprendieron el autoexilio a zonas montañosas y otros fueron despedidos por el Partido después de quemar varias bibliotecas consideradas peligrosas para el Estado. No permaneció en China el tiempo que había acordado. Salió huyendo, así me lo dijo, de Pekín.

Me dio algunos nombres y números, el del embajador de México allá, y me recomendó leer a Lu Xun, su *Diario de un loco*. Le conté un poco sobre el tema que expondría allá, sobre la doble condición de la caligrafía, y le volví a hablar de Joyce, como la última vez que habíamos platicado. Él me contó que había imaginado un libro de corte personal que fuera a la vez el modelo de su arraigo a la literatura y su fuga: doble condición de la escritura. Me deseó mucha suerte y me dijo que me cuidara.

En una semana sale mi vuelo de veinte horas a China.

## Domingo 11 de agosto de 1963

Recordé lo que me dijo Sergio sobre la quema de bibliotecas. Me atemorice un poco al pensar en las momentáneas pérdidas que con el tiempo se transforman en ausencias que resisten tenaces a ser olvidadas. Instantes relacionados con un cierto tipo de abandono. Esto último me entristeció. Ahora escribo desganado en mi cama. En el estudio están mis libros, cada uno con mi nombre, la fecha y el lugar en que lo adquirí. Mis

**Pierre Herrera** (Morelia, Michoacán, 1988). Ha publicado los libros *El otro Ocaranza* (Premio de Ensayo “María Zambrano” 2014; SECUM, 2014; TextJockeys, 2016), *Loop, una novela postcursi* (NewHive, 2016), *Objetos no identificados* (Centro de Cultura Digital, 2017) y *Dafen: dientes falsos* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2017), así como artículos de teoría literaria y cultural, poemas, gifs, memes, ensayos y más de 24 000 tuits. Ha expuesto algunas piezas intermediales. Fue parte del Seminario de Producción Fotográfica del Centro de la Imagen (2017) y del programa de escritura de la Fundación para las Letras Mexicanas (2014-2016). Actualmente estudia un doctorado en Teoría Literaria en la UAM-Iztapalapa y es editor de *Broken English*. Twitter: @pierreherrera.

obsesiones se esclarecen en ese catálogo; mis anhelos, en sus vacíos. Alguien podría quemarlos, y yo, desaparecer.

Sé que la quema de bibliotecas es una de las principales acciones de los gobiernos con tendencia al totalitarismo, pero me horroriza la idea. Durante todo el siglo XIX y sobre todo en lo que va de éste, la quema de bibliotecas ha sido una constante.

Los sistemas democráticos son peligrosos por el ocultamiento de esas proposiciones. La síntesis de la historia de Occidente es un encubierto de sus constantes fracasos políticos. En México la más importante fue la destrucción de los códices prehispánicos. También la biblioclastia es un tipo de desmemoria.

Desde niño le temo al fuego. Recuerdo que alguna vez mi padre hizo una fogata en el patio; varios familiares estábamos reunidos alrededor, mientras él contaba historias sobre cine y yo observaba el fuego. Entonces el ambiente se tornó asfixiante por el olor a piel quemada. Mi piel. Había tomado una brasa con la mano derecha y durante un mes no pude cerrarla; la cicatrización transcurrió lenta y el dolor por momentos se agravaba. En los años futuros, cada que escribía, con frío, recordaba esa noche y el rostro de mi padre y a mi madre corriendo hacia la casa mientras yo me reducía del dolor y mis ojos se cerraban.

## 12 de agosto de 1963

Lunes. Mucho trabajo en el Colegio. Estoy terminando de preparar el texto que leeré en el congreso. La escritura que utilizamos en Occidente no es una escritura instantánea, sino sucesiva. En cambio, la que usan los

chinos es una escritura que permite la representación instantánea de una situación general.

Volví a hablar con Michèle por teléfono. Sigue terca-mente enojada.

También manché, sin darme cuenta, el saco que pensaba usar en mi conferencia en Pekín. Me molesté mucho. La mancha tiene forma de triángulo equilátero.

## Martes 13 de agosto de 1963

La caligrafía entrelaza palabra y pintura, y su limitado vacío como posibilidad. Mallarmé lo había planteado desde la poesía: el silencio de la hoja en blanco late y se abre en el espacio que cesura la palabra. Los trazos de las grafías interrumpen la ausencia, como perturbación del instante, como simultaneidad.

En China la escritura dibuja estados concretos; sin embargo, la filosofía de su articulación dispone la existencia de estados inmateriales, sólo expresables en la conjunción de dos o más imágenes. Lo que no es posible representar como término real se crea como metáfora, como efecto. Por ejemplo, el *amor* carece de forma, es una cosa abstracta que no se puede decir, pero tiene sentido en su idioma como en cualquier otro idioma.

Cada pincelada es un gesto. Una experiencia concreta que busca lo inconcreto. Una *liaison* de concepto y vacío. La caligrafía como arte me ha enseñado a fundir forma y contenido.

El arte es una larga serie de experiencias, cada obra es un dato. El artista busca. No importa lo que busca, sino lo que encuentra.

“Después de haber encontrado la Nada, he encontrado lo Bello”. Como Mallarmé, eso espero.

### Jueves 15 de agosto de 1963

Ahora que lo pienso, se sabe muy poco de los chinos; aun así, comparada con Occidente su cultura tiene dos o tres mil años más.

Nadie sabe, o casi nadie, que el último emperador de China, Puyi, murió asesinado en 1945. Al igual que su predecesor, Guangxu, que murió envenenado en 1908. Así como el predecesor de éste, Tongzhi, que murió asesinado, aunque también se dice que murió debido a una enfermedad de transmisión sexual, en 1875.

### 16 de agosto de 1963

Día de resolver pendientes. Fui con prisa a la tintorería y terminé de hacer mi maleta. Hablé con mi casera y con algunos colegas del Colegio. Por último, le hablé y vi a Michèle. Está triste, algo preocupada por lo que le conté de Sergio y su experiencia china. Le digo que no se preocupe, no me pasará nada.

Espero no olvidar nada.

### 18-19 de agosto de 1963

Hoy llegué a China.

Hoy es mañana. Fueron veintiún horas de vuelo a contrasentido del movimiento de la Tierra, y al mismo tiempo me adelanté catorce horas en las zonas horarias. Ya se acaba el día y en pocas horas comenzará el 19 de agosto. Nadie me sabe explicar a bien qué pasó con el 18.

Día nefasto. El viaje fue más cansado de lo que esperaba. Casi el doble de ir a Europa. En el trayecto repasé varias veces mi diccionario chino-inglés y volví a leer *L'esprit synthétique de la Chine*. Dormí tres veces. A mí lado venía sentado un caballero chino vestido de negro, de baja estatura y lentes redondos, casi como los míos, parsimoniosamente callado. Parecía un monje, tal vez budista. Traté de platicar con él, pero se disculpó de no querer hablar. Lo observé de soslayo: permaneció con los ojos cerrados la mayoría del trayecto, sin señales de dormir; no se paró al baño y sólo comió las dos raciones de alimento que nos dieron y dos vasos de agua.

Sin título, plata/gelatina, 2017





Al llegar al aeropuerto recordé el día que arribé a París a los diecinueve. El cielo se me entregaba con cierto recelo. En aquellos días prefería la pintura a la literatura; de alguna forma sigo prefiriéndola. La bruma se sucedía de un día a otro mientras pensaba que Francia siempre sería una sorpresa y París la clave para esa sorpresa. China, en cambio, es un misterio.

Después nos llevaron al hotel. Fue un trayecto de más de una hora. Aquí estoy.

Ya amanece. Más tarde, antes de bajar a desayunar, desempacaré.

### Lunes 19 de agosto de 1963

Mi saco sigue manchado; lo empaqué sin revisar. La misma mancha al frente. No volveré a llevar nada a esa tintorería.

Todo está muy callado. Todas las calles. Lo noté desde el desayuno.

Los ideogramas de cada establecimiento son un deleite para mí. Los trazos de su caligrafía me hacen experimentar un continuo estado de asombro ante un arte que se acerca a la experiencia del lenguaje sin centro que imaginó Pollock. Cada persona articula distintos sonidos; no hay una única lengua oral china. Unos y otros no se entienden hablando, deben escribirse los caracteres en la palma de la mano para entender.

Las imágenes de su escritura son las que los acercan.

El signo y la idea son la misma cosa. *“Imiter les chinois”*, creo recordar que decía Mallarmé. Yo pienso que hay que imitarlos especialmente en su manera de escribir.

Me comentan que el Partido estudia y discierne sobre cada anuncio, para evitar malentendidos ideológicos.

Todo es color rojo.

Por todos lados la cara de Mao. Incluso los billetes lo tienen impreso. En su momento me lo dijo el embajador mexicano, pero no le creí: la conversión de dólares a yuan es injusta.

Yuan se escribe: 元, y es la unidad básica del renminbi, la moneda del pueblo. Los precios los marcan con el símbolo ¥ o la abreviatura RMB delante del número, o con el carácter 元 detrás. Espero no tener que comprar más rollos para mi cámara fotográfica.

**20 de agosto de 1963**

Martes. Hablé con Michèle; aquí eran las diez de la mañana mientras en México era la medianoche de ayer. Me dijo que me extrañaba. Yo también la extraño. Le platiqué lo que había visto hasta este momento y prometí hablarle de nuevo el fin de semana.

Nadie habla del gobierno. Ni mal ni bien; simplemente no lo hacen. Les pregunto abiertamente, y prefieren no responder o hablarme de lo bella que es la ciudad. Del desarrollo en todo el país. La antigüedad de su cultura. Su arte milenario. La Ciudad Prohibida y su silencio.

Hay una tensión en su silencio, como en la concepción del blanco de Mallarmé.

Me dicen que la censura es algo muy serio en China. Si los libros no son aprobados por el Estado, no se distribuyen, ni siquiera se imprimen. Y si por alguna razón

alguien se atreve a hacerlo, puede ser arrestado, incluso torturado. Hay mucha distribución ilegal. La mercancía pirata parece fluir de Pekín a todos los rincones del país.

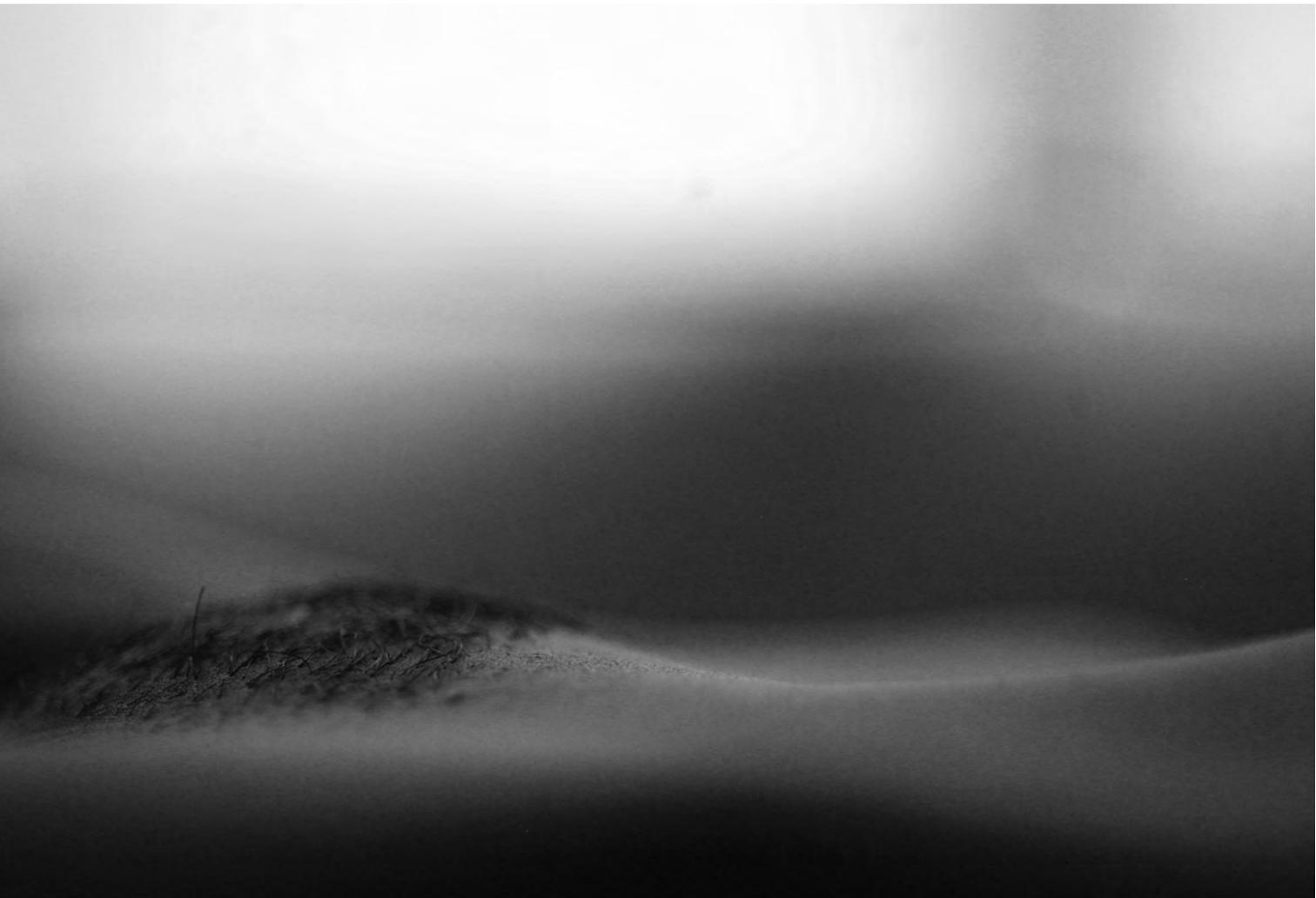
Aquí, escribir de manera crítica es peligroso.

**21 de agosto de 1963**

Miércoles. Hoy paseamos por la plaza de Tiananmén, símbolo de la nueva República Popular. Nos contó el guía que la explanada fue construida con fines políticos, para organizar actos de adhesión al Partido.

Al norte está la majestuosa entrada a la Ciudad Prohibida, a la izquierda se localiza el Museo Nacional de Historia y de la Revolución, y a la derecha se alza el Gran Palacio del Pueblo. Mientras explicaba todo esto vi a una mujer descansando a la sombra de un obelisco

De la serie *Mapas*, digital, 2018



de unos nueve pisos de alto, esculpido en piedra. Quise fotografiar la escena. El cuerpo de la mujer parecía difuminarse por el contraste del suelo tan blanco de la explanada y la sombra. El guía me vio enfocando en esa dirección, se acercó y se interpuso. Me explicó en un inglés muy quebrado, como el de toda su explicación, que fotografiar a alguien en China es una importante falta de respeto si no se hace con el consentimiento de esa persona. Me sentí torpe, como un turista más. Después nos habló del obelisco: el Monumento a los Héroe del Pueblo, construido recién para conmemorar a todos los ciudadanos que en anonimato murieron en la lucha revolucionaria.

Posteriormente entramos a la Ciudad Prohibida.

Me asombré tanto que no quise tomar ninguna foto, no quise que nadie me fotografiara; hubiese querido que nos quedáramos ahí más tiempo.

El guía nos explicó que el último emperador no fue asesinado como todos los emperadores antes de él, sino que, después de la victoria del Partido, fue relegado de su cargo y se le empleó como jardinero; un trabajo igual de digno, señaló.

En el Museo Nacional de Historia y de la Revolución hay imágenes de Mao en cada salón. Al ver la imagen de las ejecuciones de varios disidentes políticos del régimen, recordé la fotografía que Bataille comenta en *Les larmes d'Éros*, que usé el año pasado en mi artículo "Morfeo o la decadencia del sueño".

No creo que podría vivir en un Estado totalitario.

Aprender a descansar en el instante, escribió ¿Kafka? Los instantes son terribles porque son infinitos. La idea de postergación del sufrimiento es propia de la idea occidental del infierno. En cambio, el infierno y la posibilidad del cuerpo son abstractos en Oriente.

Mañana por la noche habrá una cena en honor a los invitados al congreso de caligrafía. También asistirán varios embajadores, incluido el de México.

### **Viernes 23 de agosto de 1963**

Ayer bebí demasiado.

Un sentimiento de autodestrucción persiste en mí.

Una síntesis trascendente tiende a concretarse, pero sólo en los términos de una proposición delirante: ¿pue-

de Occidente, por medio de una tradición humanística, absorber una tradición muchísimo más antigua, una tradición de orden técnico? Estamos ubicados en procesos opuestos, ceñidos a simbologías distintas: la oriental, con su ritmo peculiar e infinitamente pastoso de autosuficiencia; la occidental, con su vertiginosa manía de destrucción controlada. Me preocupa esto, ya que dentro de sesenta años la población de chinos será igual a la población actual de la tierra.

El siglo XX propone fundamentalmente dos hechos: uno de orden espiritual y otro de orden político. Bergson descubre la persistencia del tiempo a través de la duración. Proust concreta esta noción en un término de experiencia trascendente, es decir, en términos de espíritu.

Antes de la fiesta visitamos más museos y monumentos. Nada particularmente asombroso que recordar.

### **25 de agosto de 1963**

Domingo. Traté de hablar con Michèle, pero no contestó nadie. Supongo que fue debido a la extrema diferencia de horario. Aunque tal vez, más allá de eso, nuestros relojes no coincidan, tal vez nunca han coincidido. Estamos desfasados. Uno de otro. Oriente y Occidente. Inevitablemente. La extrañeza. Cuando la conocí todo fue una escena de asombro y pasión. Ahora es incertidumbre absoluta. Busqué la manera de mandarle un telegrama: "Nada es seguro pero todo es posible", le escribí.

Hoy he pasado un día deprimidísimo, en un país ajeno a mí. Los hombres aquí están condenados al silencio y el espíritu no es sino una posibilidad de diálogo, el ejercicio de un lenguaje común. Ese lenguaje no existe aquí; y si existe lo desconozco completamente.

Para expresar en ideograma el concepto *tristeza* se dice *corazón frente a una puerta cerrada*.

### **Lunes 26 de agosto de 1963**

Hoy comienza el congreso de caligrafía. Repasé exhaustivamente el texto que leeré el miércoles. Por la tarde compré un *I Ching*, libro de las mutaciones.

El sentido mismo del texto, por su misteriosa ambigüedad, está imbricado en cualquier interpretación que se haga de él. Por eso el libro sólo se puede describir en

los términos de dos escuelas rivales de interpretación: la ética, que lo concibe como un libro de preceptos; o la mántica, que lo concibe como un libro oracular.

El *I Ching* es interpretación del instante.

¿Qué giro dará mi vida tras este viaje?



大壯 / *Ta Chuang*

“El poder de lo grande. La perseverancia es ventajosa. Trueno arriba, en el cielo. El hombre no marcha por caminos que no están conformes con el orden. El despertar sobre la creatividad.”

### Martes 27 de agosto de 1963

Las diferencias entre los modos básicos de pensar en China y en Occidente se fundan en el *Principio de causalidad universal*. Este principio, tan duramente juzgado por los filósofos ingleses del siglo XVIII, hace posible la formulación de juicios lógicos mediante la aplicación de los procedimientos de inducción o inferencia: ¿cuál fue la causa?, ¿cuál será el efecto? Cuando nos hacemos esas preguntas, dividimos la realidad en dos partes, pasado y futuro, para juzgar un fenómeno presente actual, por ejemplo: llueve.

Para el pensamiento chino eso que nosotros hemos dividido es indiviso o infinitamente divisible. Los chinos no se preguntan qué es el mundo; se preguntan, más bien, en los términos de una etiqueta filosófica que les ha tomado casi cinco mil años formular, ¿cómo está el mundo?

¿Cómo está en este instante el mundo?

El *I Ching* es la figuración verbal de una técnica que sólo en el siglo XIX fue no-verbal en Occidente: la fotografía. De esta manera, la fotografía es un instante arrebatado a su desaparición. El cuerpo que se plasma en una imagen se eterniza de forma paralela entre el infinito sufrimiento del olvido y el placer del recuerdo. El cuerpo-imagen pasa a un plano de realidad donde muerte y vida están suspendidas y comienza a formar parte del mundo que acontece en el instante.

El infierno en Oriente, lejos de ser un espacio ficcional, se relaciona estrechamente con su pensamiento de la realidad.

### Jueves 29 de agosto de 1963

Ayer volví a beber. Todo comenzó después de mi plática sobre caligrafía, imagen y pintura. A la mitad de la conferencia me desvié un poco y comencé a hablar del principio de montaje de Eisenstein y cómo éste produce un efecto metafórico al crear un tercer estado más abstracto resultado del ensamble de dos imágenes anteriores. Como en un proceso dialéctico hegeliano, dije, y todos los presentes aplaudieron.

Después continué, entusiasmado por la reacción: la escritura caligráfica china implica un proceso de materialismo filosófico, lo cual creo en verdad, pero ahora que lo pienso fue algo exagerado de expresar. Y dije: no hay nivelación ni *coincidentia oppositorum*, hay oposición dialéctica y síntesis de contrarios, opuestos o diversos. La escritura china es un sistema esencialmente metafórico y contextual; se aviene bien a la producción de efectos, lo que es, desde los tiempos de Edgar Allan Poe, el objetivo primordial que persigue todo el arte moderno. Baudelaire, primer seguidor de Poe, había identificado la posibilidad de este efecto. Así, la sensación alcanzada se instaura como resultado, como meta revolucionaria del lenguaje, como postergación sublimada de las oposiciones necesarias para su realización.

Noté que el traductor dijo algo de esto con emoción y al finalizar todos volvieron a aplaudir; no pude terminar de leer lo que había preparado sobre caligrafía, incluso algunos se pusieron de pie. Al terminar las mesas del día se acercaron unos dirigentes y me invitaron a una fiesta del Partido, a la que también fueron una pareja uruguayo joven y el embajador de Uruguay en China.

Tomé toda la noche, más que la última vez; tanto que comencé a hablar en chino. No de una forma muy fluida pero lo suficiente para lograr defenderme ante delegados internacionales y miembros del gobierno. Algunos se sorprendieron, pero casi todos se alegraron. Incluso nos prometieron llevar a la comitiva hispanohablante a la Gran Muralla este viernes.

### Viernes 30 de agosto de 1963

Consulté el *I Ching* antes de desayunar. Hay preceptos que, como formulaciones técnicas, permiten reconocer en perspectiva, en la identidad y el cambio de las

cosas, un sentido a la realidad. Y a nosotros mismos en esas transformaciones.

Al igual que los ejercicios caligráficos develan rasgos de nuestro carácter. Posiblemente, el *I Ching* sea también un manual de caligrafía. Un manual de economía política. Un manual de crematística. Un manual de economía doméstica. Un manual de economía agrícola y comercial. Un manual de política. Un manual de retórica. Un manual calendárico. Y la posibilidad de que se trate de un juego de lenguajes.

### **Domingo 1° de septiembre de 1963**

Estuve perdido en China.

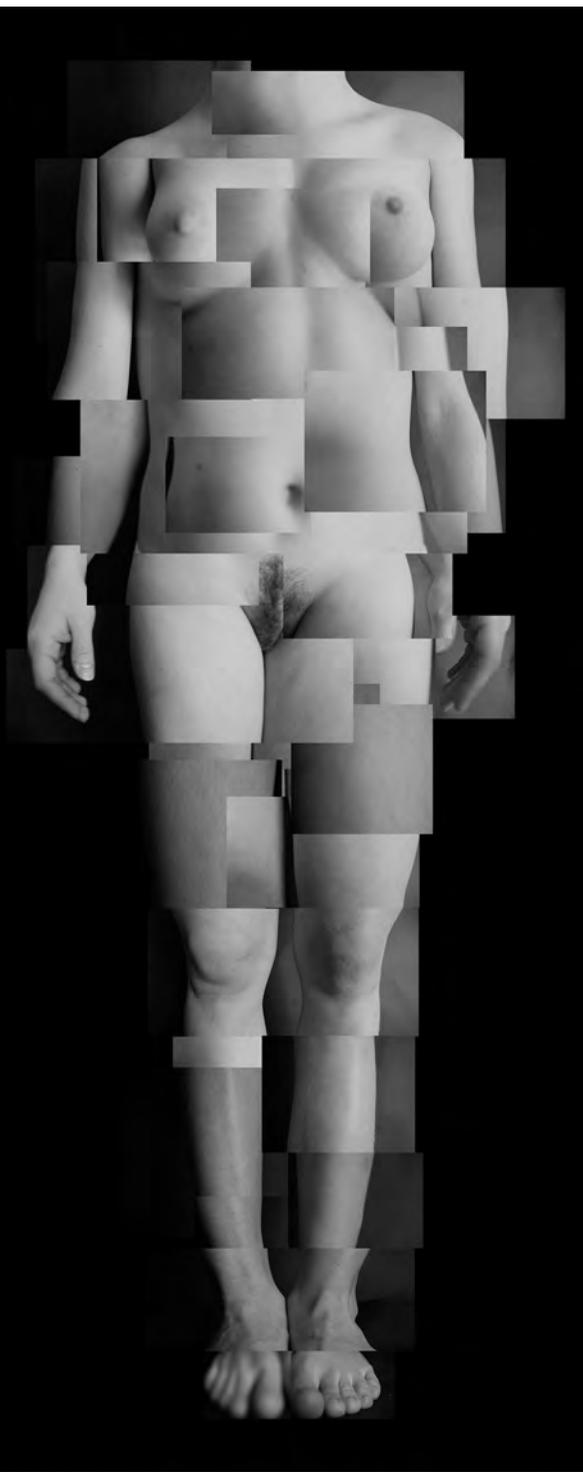
Durante el tiempo que estuve perdido sufrí una crisis. Sentí un hundimiento.

El viernes nos llevaron a conocer la Gran Muralla, como lo habían prometido. La construcción más grande de la humanidad, la llamó el guía cuando nos bajamos de la camioneta. Éramos no menos de diez personas. Desde que llegamos comencé a fotografiar. Recordé los días que me pasé capturando cada rincón de Roma: cuando me maravillé con los contrastes de luz en las esquinas, las sombras en las esculturas y fuentes, y sobre todo los colores de los techos y el cielo.

Al llegar a la primera estancia de visita de la muralla leí en un cartel escrito en chino e inglés: “Bienvenidos, turistas, no se separen de sus guías.” Lo cual por una parte me recordó el vergonzoso episodio de la fotografía en la plaza de Tiananmén y, por otra, me hizo desear salir de la continuidad de ser un turista occiden-

De la serie *Mapas*, digital, 2018





De la serie *Mapas*, digital, 2018

tal común y adentrarme en lo que creí una experiencia verdadera en China. Así que para la segunda estancia de la muralla me separé del grupo. Esa separación fue mi primer error. Creer que podría mimetizarme con las personas que me rodeaban, porque lo que yo buscaba era adentrarme en el mundo de Oriente, fue mi segunda equivocación. Hay un grado de imposibilidad de adentrarse en el otro, sólo sorteable, sin embargo, a través de la escritura y la ficción.

El mundo en la ficción puede reducirse a un modelo potencialmente ordenable y reorganizado a conciencia y gusto propio: así, una obra sembrada en la impostura podría basarse en una voz ajena para comunicar algo propio de manera oblicua. Pensaba eso cuando iba caminando por fuera hacia la tercera estancia, e imaginaba que es posible, de alguna forma, desligarme de mi yo y adentrarme un poco más en los otros, en el mundo que se abría ante mí como posibilidad de no-ser y, en cambio, de estar. Pero las miradas de los chinos me incomodaban y quise regresar con el grupo.

Comencé a buscarlos. Regresé casi corriendo por la muralla en sentido inverso; no los encontré. Permanecí en una pequeña buhardilla cerca de donde se había estacionado la camioneta; ahí, recordé la tranquilidad del hombre que viajó a mi lado en el avión y traté de mantenerme en calma.

Comenzó a anochecer. Tuve miedo de que nunca se dieran cuenta de que yo faltaba. ¿Les hacía falta de alguna forma? Tal vez no. Yo sólo pertenecía a ese momento. Una mujer pequeña me dijo en un chino que apenas comprendí que podía dormir ahí, y me dio una manta color verde olivo. Me cubrí como pude y entendí que tal vez no hacía falta, que la vida del otro tiene la importancia que le damos al mirarlo, al sentir empatía. Después lloré; llevaba veintitrés días sin llorar.

Para la filosofía china el mundo está constituido por un número infinito de correlaciones cambiantes que sólo pueden expresarse en un instante. Un instante, que son todos los instantes.

El vuelo a México estaba programado para el lunes temprano y yo no sabía si lo alcanzaría. Para cuando se dieron cuenta de que no estaba en el hotel y mandaron buscarme, ya casi había terminado el sábado. No quiero

escribir nada de lo que ocurrió el sábado; sólo escribí que seguí tomando fotografías.

Al llegar al hotel traté de descansar, dormí un poco y arreglé mi maleta.

Dejaré mi saco manchado colgado en el clóset del hotel.

### 3 o 2 de septiembre de 1963

Martes o lunes, no sé. De nuevo veinte horas de viaje, ahora en retroceso.

Ayer domingo, un monje budista se suicidó en protesta por la opresión vietnamita sufrida a manos del dictador del país. El monje, Thích Quảng Đức, se mantuvo inmóvil mientras se consumía por las llamas, sin emitir ninguna señal de dolor. Vi la escena al llegar al aeropuerto de México; la estaban pasando en varios canales de televisión. Se empapó de gasolina, tomó una posición de loto y se prendió fuego. La luz que desprendía su cuerpo, de alguna manera, concretó para siempre la imagen de un momento.

Para Occidente, los límites del dolor y la idea de infierno están ligadas estrechamente a la concepción concreta del cuerpo, y su delimitación dentro de la esfera del yo. Si pudiéramos salir de ese yo, accederíamos a la condición de verdugo, de quien dicta, observa e infiere dolor, placer. A una visión especular del otro.

En Oriente, en cambio, las posibilidades del cuerpo son más abstractas, por lo que un yo puede presentarse como verdugo de sí mismo: autoinmolándose, o infiriendo una tortura tan infinita que acceda a la esfera del otro, al *estar* muriendo su vida. El yo no existe como categoría, sino como posibilidad de reflejo del otro. De no ser Nadie, y ser descarnadamente desde los otros.

El budista encontró en un acto político la eternidad y plenitud de acceder a la vida de los otros al volverse *el otro de sí-mismo*: víctima y verdugo, al situarse en un

espacio entre el dolor y el goce, en el instante donde se difuminan todos los límites.

Esto también es el mundo.

Por fin llegué a mi departamento. Nunca me había sentido tan feliz y tan turbado a la vez. Llamé a Michèle. No me contestó, de nuevo. Mañana iré a buscarla a su casa. Definitivamente más turbado que feliz.

¿Qué instantes habrá vivido Thích Quảng Đức al estar muriendo?

### Miércoles 4 de septiembre de 1963

Michèle salió de vacaciones. Sigue sin contestar mis llamadas.

La acción es un *détournement* de nuestra ineluctable voluntad de fracaso. La oscuridad de la noche es la *déchéance* del día, una deficiencia de la luz. El culto a la acción, inversión clarísima del siglo XX, es una forma de olvido de nuestras inagotables posibilidades de fracaso. Todas nuestras desventajas ante la civilización china se resumen en nuestro afán de explicación.

La esencia de la catástrofe es su inexplicabilidad, por eso la noción de catástrofe no existe en sentido cabal dentro de la idiosincrasia china. En China las catástrofes sólo *acontecen* de cierta manera, y no de otra.

También hoy han estado repitiendo la imagen del monje; le tomé una fotografía a la televisión para que persista en la doble memoria del instante. Algo escribí Cioran al respecto, algo sobre el presente como forma de lamento y su carácter dinámico y, a la vez, irreversible.

Tal vez lo que acontece en nuestra mente es la configuración de un solo instante: de puro lenguaje sin trama.

He decidido escribirle una carta a Michèle.

### 7 de septiembre de 1963

Se volvió a manchar otro de mis sacos.

Creo que comenzaré a escribir una novela. 📖

# Del verdadero origen del Ensayo

Andrés Hiraes

EL COLEGIO DE SAN LUIS

—*En una adivinanza cuyo tema es el ajedrez,  
¿cuál es la única palabra prohibida?*  
—*La palabra ajedrez.*  
—*Precisamente.*  
Stephen Albert

Lo que hoy conocemos como Ensayo surgió por una cuestionable sucesión de malas lecturas. Michel de Montaigne, a quien se le atribuyen los primeros textos fundacionales del género, fue ante todo un inalcanzable novelista.

Recuerdo estas palabras de Dostoyevski: la realidad suele ser más inverosímil que la ficción. En efecto, para mí es maravilloso que por un equívoco de recepción lectora exista un género más en la literatura, con innúmeros exponentes y obras cabales. No se me malentienda: estoy sumamente agradecido por ese devenir histórico-literario.

Eso inverosímil que Dostoyevski apuntó con respecto a la realidad, en el caso específico de Montaigne encuentra un eco afortunado, me parece, con una narración ya clásica de otro gran maestro: Jorge Luis Borges. Del Borges escritor admiro casi todo: los adjetivos, la acumulación de imágenes, los personajes. Funes resulta para mí el mejor de ellos. Le sigue Ts'ui Pên, entrañable arquitecto de palabras. Lo más en Borges, no obstante, es su capacidad de ver más allá del horizonte.

Así como Ts'ui Pên de “El jardín de los senderos que se bifurcan”, Michel de Montaigne escribió una larga y laberíntica novela: *Essais*. Borges la leyó con extrema reverencia; su ceguera avanzada le hizo malentender varios pasajes y confundir tiempo con espacio: de

ahí el genial despliegue de su cuento. Resulta curiosa, además, la analogía entre las partes: tanto Ts'ui Pên como Montaigne tenían a su disposición tierras y un gobierno asegurado por línea sucesoria; ambos, también, abandonaron todo y se replegaron en sus aposentos por trece años (la fecha varía según la biografía que se lea de Montaigne) para escribir lo que sería su obra maestra.

En una de las tantas cartas redactadas a su amigo La Boétie, Montaigne dice: “pienso en una obra sin precedentes. Necesito, una vez terminada, tu siempre sincero consejo en este respecto”. La Boétie murió antes de la fecha crítica, en 1563; la carta llegó (por razones que he perdido) a manos de un bibliotecario que alguna vez me la facilitó para su estudio. Montaigne nunca refirió en otro documento las mismas palabras.

*Essais* logró ir mucho más allá que los ojos habitados por el país de las maravillas de Borges, siglos luego. Cada uno de los “ensayos” ejercita un rudimentario —mas conseguido— monólogo interior, esa técnica sigloveintésca empleada para que el lector perciba el mundo íntimo de los personajes, dando la sensación de conocer los pensamientos en vez de que el narrador los esté explicando. Un flujo de conciencia básico, naciente, limitado por la tradición escritural de su momento. Los personajes de la novela: teólogos, filósofos, abogados, militares, políticos, historiadores, lingüistas, en ocasiones gente de pueblo: agricultores, monjas, panaderos, sastres.

Aquí estalla otro milagro narrativo en Montaigne: los personajes no *actúan* (en el sentido dramático de *llevar a cabo una acción*), sino que a través de su pen-

**Andrés Hiraes** (La Paz, 1992) es crítico literario y poeta. Licenciado por la Universidad Autónoma de Baja California Sur, actualmente está por concluir la maestría en Literatura Hispanoamericana en El Colegio de San Luis.

samiento reconstruyen fragmentariamente las costumbres y modos de vida de un pueblo francés del siglo decimosexto. Es decir, la historia o argumento como veníase dando en las narraciones de sus contemporáneos desaparece a favor de la nueva técnica, una apuesta inusitada en la historia de la literatura, hasta donde puedo recordar. No obstante, Montaigne cometió un error: dio la misma voz lumínica a cada uno de los personajes, la suya propia.

El contacto con el latín desde el nacimiento hasta sus ocho años configuró en Montaigne una manera única de ver y pensar el mundo. Entre sus lecturas de clásicos, Séneca gozó de un lugar privilegiado al mostrarle el estilo epistolar con *Cartas a Lucilo*, mismo que condicionó su pensamiento: diálogo constante, retórica pulcra, argumentos respaldados por grandes pensadores. Así, Montaigne compuso una polifonía rica en contenido, aunque monótona en tanto despliegue técnico. No es su culpa: cuatro siglos lo separaban de Joyce, su mejor y más conocido discípulo, quien llevó al límite la aparente inasequibilidad de la forma del pensamiento y el libre fluir de la conciencia. El otro muchacho, Edouard Dujardin, en *Han cortado los laureles* acertó utilizando el recurso de Montaigne para una narración más apegada a lo tradicional, con una historia que hilara personajes y acciones. Él ha sido parcialmente olvidado por la historia literaria; habría que rescatar cuando menos su modesta contribución.

Tengo fijos dos monólogos interiores de los personajes de Montaigne tras repetirlos una vez y otra a lo largo de mi vida; el primero corresponde a un hombre que juega al ajedrez (libro I, capítulo 12), el segundo a un

profesor de lógica (libro III, capítulo 1), ambos habitantes de ese pueblo francés de su ficción:

Algunos pueblos belicosos apelaban en los combates a la fuga como principal ventaja, volviendo la espalda al enemigo con más peligro para éste que haciéndole frente: los turcos tienen algo de esta costumbre. Sócrates en un diálogo de Platón se burla de Laches, quien defendía el valor diciendo “que consistía en mantenerse firme en su puesto contra el adversario”. ¿Pues qué, repone el filósofo, sería acaso cobardía derrotar al enemigo dejándole un lugar?, y apoya su dicho con la autoridad de Homero, que alaba en Eneas la ciencia de huir.

Y el otro iba:

Llena está de imperfecciones nuestra contextura pública y privada, mas en la naturaleza no hay nada inútil, ni siquiera la inutilidad misma. Nada se ingirió en este universo que no ocupe su lugar oportuno. Nuestro ser está cimentado por cualidades enfermizas: la ambición, los celos, la envidia, la venganza, la superstición y la desesperanza viven tan naturalmente dentro de nosotros que la imagen de tales dolencias se reconoce también en los animales; hasta la crueldad reside en nosotros, pues dominados por la compasión experimentamos interiormente como una punzada agrídulce de voluptuosidad maligna ante los sufrimientos de nuestros semejantes.

La técnica no muestra la supresión de puntos que en ocasiones llega a caracterizarla (sobre todo a partir del monólogo interior de Molly Bloom en *el Ulises*); tampoco están presentes los pensamientos aleatorios e incompletos, aunque sí soporta las bases inaugurales: una voz que no sufre interrupción alguna por parte del narrador

o de otros personajes y que por lo tanto logra expresarse interiormente de manera más o menos plena.

Cabe subrayar que Montaigne escribió sus “ensayos” en francés antiguo, la lengua del pueblo. Tiene sentido para mí: ¿de qué otro modo fluiría *libremente* la conciencia de sus personajes? Otra cosa: la palabra misma *essai*, y esto él lo sabía a la perfección, viene del latín *exagium*, que se refiere al peso de una balanza (de ahí el posible entendimiento de *ensayo* como “ponderación”). También si descompongo la palabra responde al prefijo *ex* (“expulsión del interior” o “fuera de”) y el verbo *agere* (“hacer” o “conducir”); en conjunto sería: “hacer cosas que salen de adentro”, “conducir algo hacia afuera de”. Ambas responden a la idea de *flujo de conciencia* que por consenso la mayoría maneja.

Todo lo anterior se suma a la revelación de *Essais* como una novela en extremo adelantada para su época. ¿Fue por esto que se leyó desde su inicio de manera tan equívoca y, a la larga, se volvió la piedra angular de ese nuevo género que hoy conocemos como Ensayo? Es posible. Después de todo, en años últimos la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* dudó su contenido ante la mirada de Duverger, quien dedicó su vida a leer de un distinto modo el libro de Bernal Díaz del Castillo. Su conclusión abisma: que Hernán Cortés en realidad escribió ambas obras: *Cartas de relación* y la *Historia verdadera...*, en un intento de inmortalizar su nombre. Debo releer las páginas: si su teoría es cierta, ¿cómo no me di cuenta de que un mero soldado no hubiera tenido modo de presenciar las mismas cosas que Cortés describe en el libro que lleva su nombre, para

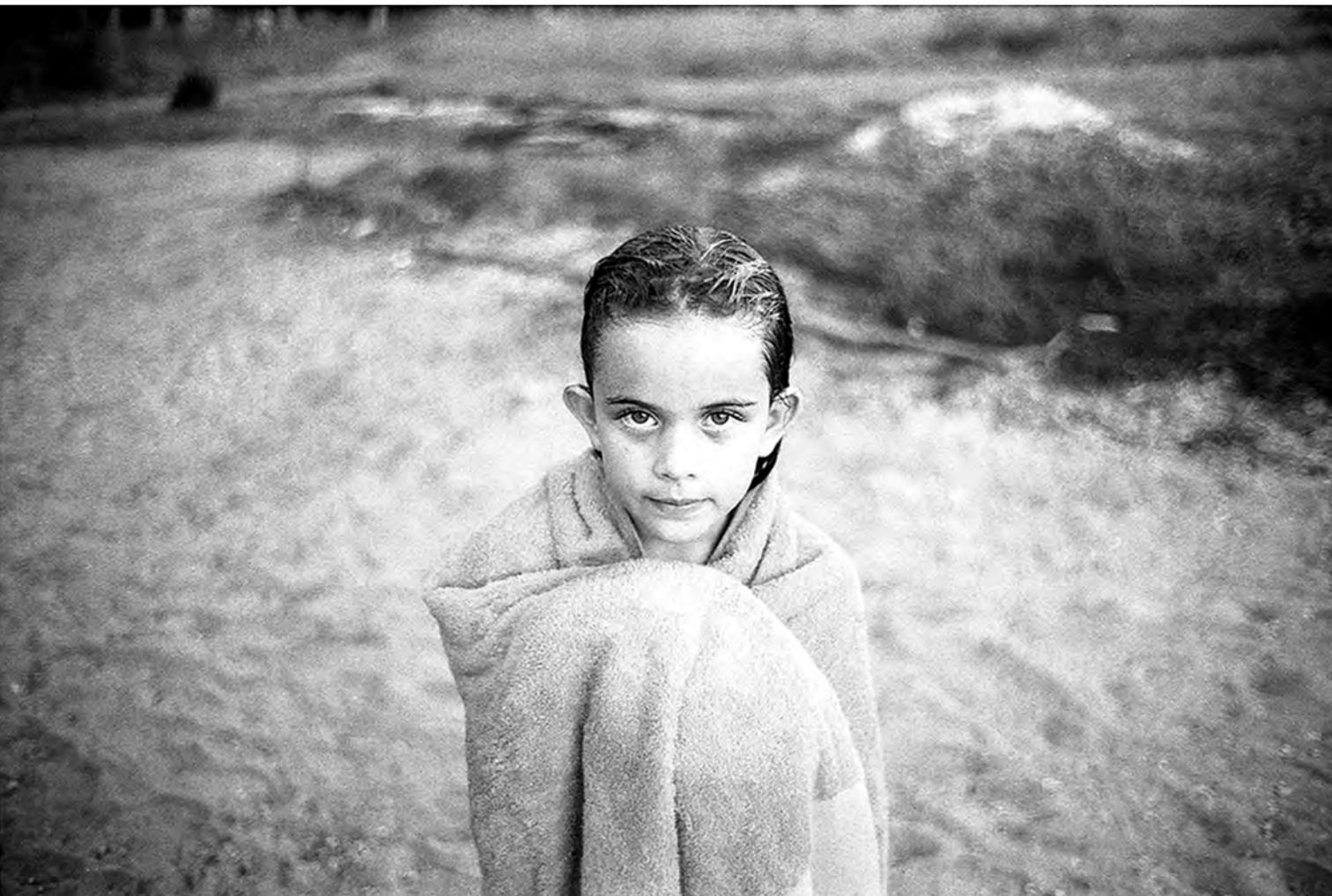
luego dar pie a un relato casi en paráfrasis? ¿Cómo también pasé de largo el hecho de que ese mismo soldado, mucho menor en jerarquía militar, para escribir la *Historia verdadera...* debió tener una cultura amplísima y no ser analfabeta como la gran mayoría de las personas en aquel entonces?

La respuesta para la errónea lectura de Montaigne se halla en uno de sus propios “ensayos”, el más famoso quizá y por evidente motivo puesto que cambia por completo los parámetros narrativos de su momento.

“De Demócrito y Heráclito”, es verdad, constituye una poética en torno a la cual se construyó la idea del Ensayo que hoy nos rige: el primer tercio hostiga de tal forma que uno privilegia la lectura en tanto idea de ensayo como reflexión. Recupero la esencia:

A veces imagino dar cuerpo a un asunto baladí o insignificante, buscando en qué apoyarlo y consolidarlo. Todos los argumentos para mí son igualmente buenos, y nunca formo el designio de agotar los asuntos, pues ninguno se ofrece por entero a mi consideración. De cien carices que cada cosa ofrece, escojo uno, ya para acariciarlo, a veces para penetrar hasta la médula. Reflexiono sobre las cosas, no con amplitud, sino con toda la profundidad de que soy capaz, y las más de las veces tiendo a examinarlas por el lado más inusitado que ofrecen.

A diferencia del resto de los “ensayos”, en éste Montaigne incide sobre el uso de la primera persona con respecto al quehacer de la escritura: una y otra vez reitera su presencia como hacedor del pensamiento y describe el método (un tanto libre) que ha de seguir para lograrlo. Sin embargo, como demostró Borges en su célebre ensayo sobre sí mismo, *esas palabras* no



*María*, plata/gelatina, 2015

necesariamente corresponden al pensamiento del propio autor. De hecho, la *poética* de los “ensayos” se encuentra dentro de un “ensayo”, por lo que, si flujo de conciencia de un personaje, Montaigne adelantó por treinta y cinco años uno de los movimientos estelares de otro gigante de la literatura, Miguel de Cervantes Saavedra, con la aparición metaficcional del *Quijote* en la segunda parte, al introducirse a sí mismo como personaje de su novela.

El segundo texto que ha dificultado la visión novelesca de *Essais* se titula: “El autor al lector”, donde

Montaigne, al menos bajo el entendimiento de que el prólogo en el siglo XVI no podía verse afectado por la ficción (cosa que Cervantes también nos ha enseñado es mentira), habla de sus motivos para redactar el libro:

Éste es un libro de buena fe, lector. [...] no persigo ningún fin trascendental [...] Lo consagro a la comodidad particular de mis parientes y amigos para que puedan encontrar en él algunos rasgos de mi condición y humor [...] quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto. [...] Lector, sabe que yo mismo soy el contenido de mi libro.

Me he permitido en ocasiones dudar de la existencia íntegra del prólogo: en la edición de 1580 publicada en Burdeos, Montaigne introduce un texto prelude (apostar porque ese texto es “El autor al lector” sería lo más pertinente); en las ediciones que siguieron: 1582, 87 y 88, ese texto cambia palabras, en ocasiones frases enteras, a causa del perfeccionismo intelectual del autor. No es sino hasta la versión fijada por Marie de Gournay, en 1595, que “se restablece el apartado original”, según la nota explicativa del volumen. ¿Qué cambios hubo entre cada una de las ediciones? ¿Por qué la versión de 1595, que ha pasado como la *oficial* hasta nuestros días, no respetó la última voluntad autoral sino la primera?

Montaigne, el novelista inventor del flujo de conciencia, la polifonía y la narración fragmentaria se retrató en ese texto como alguien humilde, sin aspiraciones de renombre. No obstante esa postura se opone al discurso del prólogo mismo y de cada uno de los “ensayos”. Toda persona, lo sabemos, crea una imagen que la configura, imagen que busca alcanzar o tras la que quiere resguardarse. Bandera o máscara, esa proyección incontables veces termina por devorar al usuario.

Hay un ensayo precioso de Xavier Villaurrutia sobre las máscaras. En él, una idea esencial dicta que la máscara-objeto en primera instancia no se correspondía con la representación fiel de una emoción o como la imposibilidad plena de la misma debido a la rigidez del *rostro*, sino que funcionaba como lo haría el guante para la mano: aquello destinado a cubrir esa parte del cuerpo. Si máscara, ¿qué parte del autor buscaba cubrir el prólogo de Montaigne? Si bandera, ¿por qué la inconsistencia con su gigante revolución en la literatura? ¿Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo?

Pasada la brecha fundacional del Ensayo resulta innegable que su evolución hasta nuestros días ha marca-

do una escuela propia. El monólogo interior se ha perdido (no del todo) para dar lugar a algo más próximo a lo que el Montaigne-personaje elucubraba en torno al Ensayo. Es difícil, no obstante, debido a su origen imprevisto, consolidarlo como género autosuficiente. Producto del flujo de conciencia en los albores, el Ensayo no puede más que valerse, en lo que se refiere a métodos escriturales y temáticos, de lo único a lo que uno recurre al momento de pensar: absolutamente todo. Por eso su inasequibilidad en torno a un lenguaje determinado. Por eso la extensión y su forma varia. Por eso el aparente desvarío.

Algunas lecturas contextuales ayudaron a Montaigne a consolidarse como padre del género. Conozco, por ejemplo, que tras escribir *Essais* viajó y consignó en un diario (descubierto y dado a conocer el pasado siglo) lo que veía y le interesaba. El diario, lo que su símbolo sugiere de inicio, corresponde a una lectura íntima; a esto hay que sumar la condición del viajero. Diario y travesía. ¿Será por ello que al Ensayo se lo ve de continuo como el viaje exploratorio del yo a través de un tema?

El yo. Montaigne lo subraya más que como simple modelo de escritura. “Yo mismo soy el contenido de mi libro.” Aunque, si yo mismo me escucho pensar estas palabras, ¿debería considerarme cuerpo o sombra bajo lo que proyectan?

He paseado este yo por mi cabeza. He visto el movimiento en otros, sus palabras, sus decires del mundo. ¿Suyas o mías las ideas desprendidas del diálogo? ¿Me pertenecen? Y si no, ¿de dónde nacen? Lo dijo ya un filósofo hace mucho tiempo: “la patria de un hombre sabio es el mundo”. Sí: pero la patria de un pensador que sueña está en las personas que lo habitan. 📍

# Versos escritos a algunas millas de la abadía de Tintern, de regreso de los bancos de Wye durante un paseo. 13 de julio de 1798\*

Mario Salvatierra

EL COLEGIO DE MÉXICO

\* William Wordsworth, "Lines Written a Few Miles above Tintern Abbey, on Revisiting the Banks of the Wye during a Tour, July 13, 1798", en R. L. Brett y A. R. Jones (editores), *Wordsworth and Coleridge Lyrical Ballads*, Londres: Routledge, 1991, pp. 110-115

¡Cinco años han pasado; cinco largos veranos  
con sus largos inviernos! Y otra vez  
oigo el discurso, plácido y profundo,  
del rumor de estas aguas que descienden  
de las fuentes de las montañas.  
Y admiro una vez más las cumbres afiladas  
que imprimen pensamientos melancólicos  
sobre un paisaje agreste y escondido  
y lo unen a la quietud del cielo.  
Llegará el día en el que aquí repose  
de nuevo bajo el arce umbrío  
y mire las estancias y los huertos  
abundantes que, en esta temporada,  
los frutos inmaduros aún, visten  
un mismo tono verde y se confunden  
entre el follaje y la espesura. Y veo  
otra vez estos setos vivos,  
apenas setos, en hileras bajas  
de arbustos juguetones y salvajes;  
las granjas verdes con sus verdes puertas;  
y las coronas fúnebres del humo

que se levanta silencioso sobre  
la copa de los árboles y que apenas se advierten  
en el camino del viajero  
que recorre los bosques sin moradas  
o desde la guarida del asceta  
donde, lejos del mundo,  
se sienta el Eremita junto al fuego.

Aunque por largo tiempo ausente,  
estas formas de la belleza  
no han sido para mí como es el paisaje  
para el ojo del ciego: a menudo en cuartos  
solitarios, entre el estrépito  
de pueblos y ciudades, en horas de zozobra,  
me han concedido sensaciones dulces  
que he sentido en la sangre, dentro del corazón,  
e incluso se han introducido  
en la región más honda de mi mente,  
restaurándola con serenidad;  
sentimientos de un gozo que no se recordaba  
y que acaso no fueron nimios  
y tal vez constituyen una de las mejores  
partes en la existencia de una buena persona;  
sus actos olvidados, anónimos y humildes,  
de bondad y de amor. Además, creo,  
les debo otro regalo, uno de más sublime  
naturaleza; ese bendito ánimo

**Mario Salvatierra** (Mérida, Yucatán, 1988). Publicó el libro de poesía *Roldán* (Libros del Marqués, 2015).

con el que el peso del misterio,  
con el que el grave y extenuante peso  
de todo este mundo indescifrable  
se hace ligero:  
ese ánimo bendito y sosegado  
con el que los afectos nos conducen  
—el flujo de la sangre y la respiración  
cerca de detenerse— hasta que el cuerpo  
se sumerge en el sueño y nuestro espíritu  
viviente se levanta; y con la vista abierta  
por el poder de la armonía  
y el profundo poder de la alegría  
atibamos la vida de las cosas.

¡Si esto no fuera cierto!

Y, sin embargo, cuántas veces  
en la negrura y entre las variadas  
figuras de la triste luz del día,  
cuando las frívolas ocupaciones  
y la fiebre del mundo  
se han adueñado de mi corazón,  
¡cuántas veces, en alma, he regresado a ti,  
silvestre Wye! ¡Caminante del bosque,  
cuántas veces mi espíritu ha regresado a ti!

Y ahora, con el fulgor de un pensamiento  
a punto de extinguirse, con vagas y borrosas  
evocaciones y con cierta triste

perplejidad, de nuevo, se reaviva,  
el recuerdo que mora en mi cabeza  
mientras estoy aquí parado,  
consciente del placer presente  
y el pensamiento placentero  
de que en este momento hay vida y alimento  
para tiempos futuros. Y me atrevo a creer,  
diferente, sin duda, de quien era  
cuando vine por vez primera a estas colinas  
y, semejante a un corzo, recorrí las montañas,  
el margen de los ríos hondos  
y las corrientes solitarias,  
donde fuera que la naturaleza  
me condujera, que era más un hombre  
que huía de sus miedos y no uno que buscaba  
aquello que adoraba. En ese entonces  
(esos simples placeres de cuando era joven  
y andaba como un animal alegre,  
ya se han marchado) la naturaleza,  
para mí, lo era todo. Me resulta  
difícil describirlo con palabras:  
la sonora cascada me tomó,  
igual que una pasión, por arrebató;  
la alta peña y las cumbres y los bosques profundos  
y umbríos, sus colores y sus formas,  
despertaban en mí un deseo,  
un sentimiento y un amor,  
que no necesitaba de algún otro deleite  
del pensamiento ni otra maravilla  
que la ofrecida al ojo. Ese tiempo ha pasado  
con todas sus ansiadas alegrías  
y todos sus violentos arrebatos.  
No es por eso que desfallezco,  
ni por lo que suspiro ni musito,  
pues me han dado otros dones;

la recompensa, a cambio de esa pérdida,  
fue abundante, pues he aprendido  
a ver el mundo de otro modo,  
no con los ojos de la irreflexiva  
juventud, sino oyendo la música, calmada  
y triste, de la humanidad,  
ni áspera ni molesta aunque con una fuerza  
que se impone y doblega. Y he sentido  
una presencia que me agita  
con el gozo de pensamientos nobles;  
la sensación sublime de algo profundamente  
unido y que reside en los atardeceres  
y en el ancho océano y en el aire animado,  
y en la cúpula azul del cielo  
y en la mente del ser humano;  
motor y espíritu que impulsa  
a todos los seres pensantes,  
a todos los objetos de todo pensamiento,  
y que circula adentro y entre todas las cosas.  
Por eso es que aun soy amante  
de los campos, los bosques, las montañas  
y de toda esta verde tierra que contemplamos;  
de todo este maravilloso mundo  
que se ofrece a la vista y al oído,  
que ambos crean y sienten.  
Con placer reconozco en la naturaleza  
y en el lenguaje de las sensaciones,  
el contrafuerte de mis pensamientos  
más puros; y también al cuidador,  
guardián y guía de mi corazón;  
y el alma entera de mi ser moral.

Aunque esto no lo hubiera  
comprendido, quizá mi noble espíritu  
no desfallece porque estás conmigo  
en los hermosos bancos de este río:

tú, mi querida amiga, a la que amo;  
y en tu voz oigo hablar al corazón  
y en la luz de tus ojos indomables  
siento las alegrías del pasado.  
¡Hermana mía, me haces recordar  
de nuevo al que antes era! Y digo esta plegaria  
sabiendo que Natura no traiciona  
el corazón de quien la ama;  
y sabiendo que tiene el privilegio,  
a lo largo de toda nuestra vida,  
de guiarnos de alegría en alegría;  
al pensamiento inspira y lo restaura  
con sosiego y belleza y lo alimenta  
con ideas sublimes que ni las ponzoñosas  
palabras ni los chismes ni las burlas  
o el desdén de los egoístas,  
ni su saludo hipócrita, ni todos los pequeños  
sufrimientos del día a día podrían  
dañarnos o quitarnos la certeza  
de que éste, nuestro mundo,  
es un lugar maravilloso. Deja,  
pues, que la luna alumbre tu camino  
solitario y que sople contra ti  
el viento fresco de las altas cumbres.  
Años después, cuando estas alegrías  
agrestes hayan madurado  
en un placer sereno; cuando tu pensamiento  
sea la residencia en la que habiten  
todas estas imágenes preciosas  
y sea tu memoria la morada  
de todos estos dulces sonidos y armonías;  
entonces, si la soledad o el miedo  
o el dolor o la pena te rodean,  
¡acude a estos recuerdos curativos  
de tierno amor y acuérdate de mí

y de esta exhortación! Quizá, si me encontrara  
donde no pudiera escuchar tu voz  
ni ver tus ojos libres que reflejan  
las reverberaciones de una vida pasada,  
no olvidarás que en este hermoso río,  
sobre sus bancos, estuvimos juntos,  
y que, siervo de la Naturaleza,  
vine a adorarla o, mejor dicho, vine  
a venerarla con el más profundo  
y tierno amor sagrado. No olvidarás, quizá,  
luego de mucho andar, luego de muchos años  
de ausencia, que estos bosques y altas cumbres  
y este paisaje exuberante y vivo  
los he amado en su soledad y, aún más,  
¡porque los has visitado conmigo!

*Madre II*, plata gelatina, 2018



